

## **Una seguridad ilusoria**

JAUME CURBET

Consultor y especialista en temas de seguridad

Wp núm. 214  
Institut de Ciències Polítiques i Socials

Barcelona, 2003

El Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS) es un consorci creat en 1988 per la Diputació de Barcelona y la Universitat Autònoma de Barcelona, institució esta última a la que està adscrit a efectes acadèmics.

“Working Papers” es una de las colecciones que edita el ICPS, especializada en la publicación -en la lengua original del autor- de trabajos en elaboración de investigadores sociales, con el objetivo de facilitar su discusión científica.

Su inclusión en esta colección no limita su posterior publicación por el autor, que mantiene la integridad de sus derechos.

Este trabajo no puede ser reproducido sin el permiso del autor.

Edición: Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS)  
Mallorca, 244, pral. 08008 Barcelona (España)  
<http://www.icps.es>  
© Jaume Curbet  
Diseño: Toni Viaplana  
Impresión: a.bís  
Travessera de les Corts, 251, entr. 4a. 08014 Barcelona  
ISSN: 1133-8962  
DL:

## INTRODUCCIÓN

La seguridad, circunscrita a las políticas tradicionales de aplicación de las leyes y mantenimiento del orden –en el interior de los Estados– y de protección de las fronteras exteriores ante las posibles agresiones de otros Estados, no parece encajar en el mundo de este inicio de milenio. Los nuevos retos globales: el riesgo de desastre ecológico, el crimen organizado global, el terrorismo transnacional, la diseminación (e, incluso, la privatización) de armas bacteriológicas y químicas, los grandes flujos migratorios descontrolados, la extensión epidémica de la inseguridad pública, o, en definitiva, la panoplia de conflictos (especialmente los relativos al control del acceso a los recursos indispensables para la supervivencia humana), derivados de la creciente fractura social entre ricos y pobres, desbordan y ponen en evidencia una visión estrecha y, por tanto, inadecuada de la seguridad.

Hoy, más que nunca, resulta imprescindible cuestionar las premisas que han venido sosteniendo esta visión desfasada de la seguridad, como tarea previa y del todo necesaria a fin de facilitar la emergencia de una nueva visión que nos permita abarcar en una única mirada la globalidad del fenómeno de la (in)seguridad en la era actual. A este propósito pretende contribuir la recopilación de cinco artículos publicados –entre los números 3 (febrero 2002) y 7 (octubre 2002), ambos inclusive– en la revista electrónica *Seguridad Sostenible* (ISSN: 1695-1115) –que se halla disponible en <http://www.iigov.org/seguridad>– y que edita el Instituto Internacional de Gobernabilidad.

Las políticas de seguridad seguirán siendo, en el mejor de los casos, una infructuosa traca de palos de ciego hasta que no abordemos una evidencia molesta: los desastres, tanto como las violencias, no son, en ningún caso, naturales. Manifestaciones extremas de los riesgos/conflictos manufacturados socialmente, la proliferación de desastres/violencias locales, tanto como el desastre global que se halla en proceso, no son los efectos colaterales no deseados de un progreso, por

lo demás, esencialmente benefactor sino el resultado de un modelo de crecimiento desalmado.

De la misma forma, nos conviene descubrir los mecanismos que convierten a nuestro miedo natural en una auténtica epidemia de inseguridad pública que si bien, de entrada, puede facilitar (en su dimensión estricta de ejercicio del poder) la gobernabilidad, termina por corroer los pilares de confianza y solidaridad que sustentan toda comunidad humana.

Sólo después de haber afrontado las cuestiones esenciales que determinan el escenario de la nueva inseguridad global, puede tener sentido incorporarse al esfuerzo –de pensamiento tanto como de acción– destinado a descubrir las posibilidades reales de reorientar el desarrollo humano y la gobernabilidad democrática (y, por tanto, la gestión de la seguridad) hacia la atención de la necesidad primordial de las poblaciones humanas en cualquier parte del planeta: disponer de la seguridad mínima de que podrán acceder, en condiciones de igualdad, a los recursos indispensables para el despliegue completo del potencial individual y colectivo contenido en la existencia humana.

Primera parte

### **REPENSAR LA (IN)SEGURIDAD**

*“Con más urgencia que nunca necesitamos conceptualidades que nos permitan pensar de una manera nueva lo nuevo que se nos echa encima y vivir y actuar con ello”.*

Ulrich Beck

### **LA AMENAZA HUMANA**

La delincuencia, la guerra, el crimen organizado, el terrorismo en todas sus formas, las catástrofes nucleares, así como el resto de violencias y desastres que asolan el paisaje humano tanto como al

ecosistema que –aunque precariamente– lo sustenta, no pueden entenderse, cada uno de ellos, como fenómenos aislados. Al olvidarlo, generamos una constelación de círculos herméticos que, girando sobre sí mismos impulsados ciegamente por los correspondientes gremios de especialistas, nos llevan irremediablemente a ninguna parte.

Necesitamos, con absoluto apremio, disponer de una nueva estructura de significado que, a modo de un eje magnético, atraiga cada uno de los elementos (actualmente en compartimentos estancos) al lugar que le es propio en un universo de sentido en el que, al poner en contacto los fenómenos entre sí y a éstos con sus procesos de gestación, nos sea factible formular un conjunto articulado y coherente de proposiciones que venga a dar cumplida cuenta de las causas que producen las manifestaciones más extremas del lado oscuro de la existencia humana.

Se trata de una tarea realmente difícil y, quizás por ello, ineludible y acuciante. La lógica presunción que nos advierte de la más que probable inexistencia de soluciones mágicas a las violencias y a los desastres, lejos de excusar el esfuerzo por fundar una nueva estructura de significado, nos urge ante todo a pensar sin restricciones, con la mayor apertura, holísticamente.

No es éste un llamamiento que interpele únicamente a los científicos sociales –que sí los apremia a desbordar los confortables círculos gremiales– o a los decisores políticos y técnicos, cada cual en su nivel de responsabilidad –a los que reclama mirar más allá de los intereses inmediatos–, sino también a los ciudadanos –quienes debemos cuestionarnos la validez de cada una de nuestras decisiones cotidianas generadoras de riesgo o conflicto en la sociedad.

Con todo, esta nueva estructura de significado sólo podrá tenernos una utilidad transitoria: propiciar una mirada nueva, más profunda y más nítida, que nos permita advertir significados que habían quedado ocultos y, con ello, deshacer los prejuicios que vienen, indisolublemente, respaldando las actitudes individuales y justificando las decisiones públicas destinadas a apaciguar la creciente ansia de seguridad causada por los efectos aterradores de la destructividad humana. Todo ello, claro

está, hasta donde nos lleve el impulso. Luego, con el mismo apremio, una nueva estructura de significado acabará por abrirse paso.

### **Un mundo que son tres**

El ansia de seguridad, aunque propia de la condición humana, sólo resulta plenamente inteligible en el contexto social en el que se manifiesta. Ante todo, pues, necesitamos trazar una suerte de mapa en el que podamos situar las dificultades del terreno que deberemos sortear.

Eugenio Trías<sup>1</sup> acierta espléndidamente a hacernos inteligible la complejidad del mundo contemporáneo como la intersección –que es fuente de toda experiencia– potencialmente conflictiva y trágica de tres niveles o planos a los que denomina ‘mundos’.

Un *primer mundo*, o plano máximamente universal, en el que la realidad contemporánea se muestra como un ‘casino global’ (*casino*, por la ausencia de controles cívicos sobre su funcionamiento) en el que todos los eventos que lo constituyen se hallan en radical interacción, de manera que cualquier acaecer de cualquier lugar termina repercutiendo en cualquier otro; siendo sobre todo la razón técnico-científica, convenientemente sacralizada, bien entramada con el complejo financiero, empresarial (multinacional) y político, la que se constituye en su motor.

Ese mundo global genera un desarraigo generalizado que altera el plano de lo particular (segundo mundo), que consecuentemente reacciona ante ese proceso con la creación de núcleos duros de particularismo excluyente.

Un *segundo mundo*, pues, o plano de lo particular, en el que ese acoso de lo global da lugar a una afirmación de la propia identidad en forma excluyente, de manera que se perturba la relación de alteridad con otras comunidades, las cuales suelen ser percibidas como “chivos expiatorios”. Este ‘santuario local’ halla su forma ideológica a través de los integristas religiosos, presentes en todas las religiones y en multitud de formas nacionalistas radicales.

Y el *tercer mundo*, o plano de lo personal y subjetivo, dónde la doble acometida del ‘casino global’ que parece deglutir el primer mundo, y

del 'santuario local' que se enseñorea del segundo, da lugar a un "individualismo de la desesperación" (que aparece en ocasiones en forma obscena y salvajemente cínica) como forma espontánea de responder a ese doble y amenazante envite.

Ese "individualismo desesperado" constituye el salvoconducto de un individualismo neoliberal que asume la despiadada "lucha por la vida", bien engrasada por la dinámica de un capitalismo internacional que genera graves desequilibrios, desigualdades e injusticias.

### **Un individualismo desesperado**

Los 'tres mundos' con que Trías cartografía la contemporaneidad, siendo como son planos de una realidad única y por ello peculiarmente compleja, están entreteljidos –como se ha visto– por una cadena de *flujos*: del 'casino global' al 'santuario local' y, de éstos, al 'individualismo desesperado'. Pero también, a mi entender, por otra de *reflujos* en la que, tanto en el ámbito individual como en el colectivo, la exasperación de la 'voluntad de poder' genera y amplifica 'riesgos' y 'conflictos' y éstos, en sus manifestaciones extremas, degeneran en 'desastres' y 'violencias' respectivamente.

Presumiblemente, esta cadena de *reflujos* constituya el eje que nos permita poner en pie una nueva estructura de significado que, como nos proponíamos al principio, pretende –en esta primera parte– establecer un nuevo centro de gravedad en torno al cual revisar y reubicar, en su caso, los ingredientes esenciales del fenómeno de la destructividad humana en la sociedad contemporánea.

La formulación de esta nueva estructura de significado será expuesta con la mayor claridad que sea posible [*Wittgenstein*: lo que puede pensarse se ha de pensar claramente]; abierta, como proposición, al debate sin el cual no podría validar su fortaleza; y, finalmente, la forma argumental, aunque se reconozca deudora de todas ellas, no será la propia de ninguna de las distintas disciplinas que vienen ocupándose de la cuestión.

En la Figura 1 (*La destructividad humana*) –que, aún sin ser esa

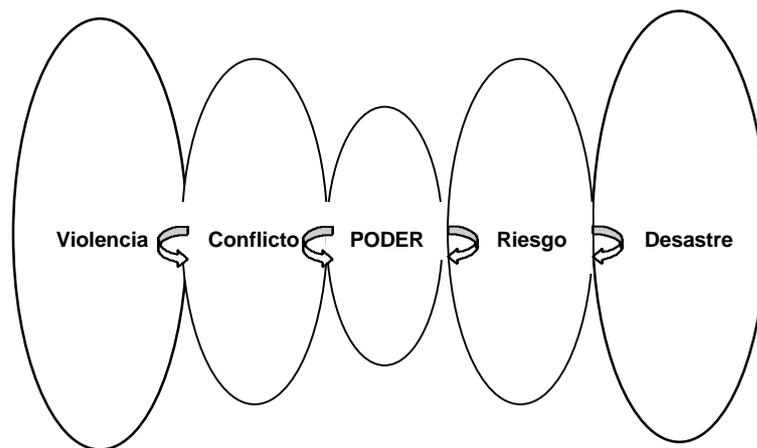
su intención inicial, no reniega de la resultante evocación simbólica de la mariposa– se condensan y articulan con la mayor simplicidad posible [Lao Tse: el arte de vivir sólo consiste en proceder con sencillez] tres proposiciones yuxtapuestas:

Proposición primera: El *desastre* es la manifestación extrema del *riesgo*.

Proposición segunda: La *violencia* es la manifestación extrema del *conflicto*.

Proposición tercera: El *riesgo* y el *conflicto* son el producto de la voluntad de *poder*.

**Figura 1**  
**La destructividad humana**



### **El desastre no nace, se hace**

El desastre, en tanto que suceso que causa o implica grave daño o destrucción (Diccionario del Español Actual, Aguilar), sólo adquiere plenamente su significado por la terca destrucción humana de su interacción armónica con la Naturaleza. No es tan obvio como pudiera parecer. Un movimiento sísmico, el desbordamiento de un río o una erupción volcánica constituyen fenómenos naturales que resultan

indispensables para el desarrollo de la Vida en la Tierra. Y la Vida en la Tierra incluye, en una compleja y sutil red de interdependencias que une entre sí a todos sus elementos, también al Hombre. No cabe, pues, hablar de *graves daños* ni de *destrucciones* para nombrar lo que en realidad son los efectos inevitables de procesos naturales. El desastre *no nace, se hace* y el Hombre, ¿quién si no?, es su alfarero.

Paradójicamente, esa *reconstrucción social* de los procesos naturales –el desastre– resulta extremadamente dañina, catastrófica, para la Civilización. ¿Qué obra humana es esa que devora al propio Hombre? ¿Qué impulso autodestructivo nos lleva, de una forma tan temeraria, a poner en peligro la continuidad misma de la Vida en la Tierra? No es hablar por hablar. A partir del siglo XX, la explotación comercial y militar de la energía nuclear, el desbocamiento científico-tecnológico (todo lo que se *puede hacer, debe hacerse*) o el deterioro en masa de la Naturaleza, dibujan un horizonte nada lejano de desastre global.

Este horizonte aciago de catástrofe planetaria no se halla, sin embargo, fuera de nuestro tiempo y lugar. Se anticipa y se metastatiza, ahora mismo, en una multiplicidad de calamidades cotidianas que corroen por doquier nuestro frágil universo de Humanidad: la agonía de millones de seres humanos debida a un reparto injusto del acceso al agua, a los alimentos y a las medicinas; la devastación reiterada de colectividades humanas, producida por fenómenos naturales, a causa de una impuesta e inapropiada ubicación territorial; la destrucción de la capa de ozono y el consiguiente efecto invernadero; la deforestación y la lluvia ácida; la contaminación del aire, el agua y la tierra; la esquilmación de los recursos energéticos no renovables; el envenenamiento gradual de la cadena alimentaria; la eliminación constante, imputable a la acción humana, de especies animales y vegetales; el progreso de la desertificación y la reducción de los territorios habitables; el crecimiento temerario de la población humana; la pandemia del sida; o la carnicería, estadísticamente pronosticada, de los accidentes de tráfico.

Reza la proposición primera, de la nueva estructura de significado, que el desastre es la manifestación *extrema* del riesgo. Extrema aunque

*no excepcional*, cabría precisar. Lo cual no parece suficiente para evitar el efecto socialmente sorpresivo del suceso catastrófico. Contrariando la lógica, seguimos aferrados a visiones fatalistas (nos cae el cielo encima, la tierra se nos traga) que nos impiden reconocer, con la suficiente nitidez, al desastre como el resultado de acciones humanas *insensatas*. De esta forma, la catástrofe se manifiesta como un hecho en sí, perfectamente desconectada de cualquier cadena explicativa que pudiera ubicarla como efecto extremo, y por ello presumible, de un riesgo o de una sinergia perversa de riesgos; los culpables eluden sus responsabilidades y, los demás, nos ahorramos la incómoda conciencia de nuestra activa o bien pasiva complicidad; y, finalmente aunque no por ello lo menos importante, nos privamos de una comprensión plena de lo sucedido.

Consumado el desastre es ya, sin más, el turno de la acción. En este escenario, el de la “gestión de emergencias”, el Estado se siente en casa: toma el mando –se achican los incómodos espacios abiertos al debate y a la discrepancia en la misma medida en que se agigantan las potestades de intervención incontestable de los poderes públicos–; se hace visible –despliega la aparatosidad escenográfica de los dispositivos de emergencias–; e intenta renovar la vigencia de su oferta monopolística de seguridad. Corre el peligro, asimismo, de poner al descubierto sus carencias en la capacidad de atención de las emergencias y, en última instancia, de desvelar la contradicción en los términos propia de todo intento de *‘gestionar’ el desastre*.

El escenario del desastre no constituye, solamente, el ámbito propicio a la manifestación del poder. También supone la ocasión idónea para el despliegue de la acción humanitaria. En tanto se mantiene el efecto deslumbrante del rayo catastrófico, parece recuperar su vigencia –en plena globalización del ‘individualismo desesperado’– la compasión: socorremos a los afligidos, curamos a los enfermos, damos de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos, vestimos a los desnudos, damos cobijo a quiénes quedaron sin techo.

No debemos, por tanto, desdeñar el poder fascinador del desastre, una vez convertido en producto mediático. En el nuevo escenario global,

basta un destello de destrucción para acaparar nuestra mirada hipnótica. Como un buen ilusionista, el desastre, distrae la atención de un público sediento de emociones para, de esta forma, hacer que *desaparezca* de la escena el complejo proceso de creación y desarrollo del riesgo (cadena causal) que lo ha provocado, así como la aún más compleja trama de responsabilidades y complicidades.

### **La violencia, ese desastre demasiado humano**

En la frontera, límite que enlaza más que separa, entre la condición animal y la dimensión espiritual, el hombre transmuta culturalmente la agresividad en violencia. La esporádica manifestación de fuerza asociada al instinto de supervivencia, propia de las especies animales y generalmente en entornos sociales cooperativos, en el ámbito humano se transforma, eventualmente, en tumor que amenaza la continuidad misma de la Vida. [Dostoievski: Ningún animal podría ser tan cruel como un hombre, tan hábil, tan artísticamente cruel]. La violencia se convierte así en el desastre humano, demasiado humano, por antonomasia.

La expansión catastrófica de la violencia constituye uno de los vectores principales del proceso actual de mundialización. La guerra *civilizada*, al igual que el terrorismo, no reconoce límites territoriales ni temporales, pero aún menos éticos. ¿Por qué iba a hacerlo? Una vez abierta la caja de Pandora, es decir, una vez afirmada *salvajemente* la voluntad de poder, la reflexión se convierte en complicidad, la duda en traición, la compasión en debilidad. No existe entonces más límite ya que la propia capacidad de destrucción.

El exterminio masivo, organizado y sistemático de poblaciones indefensas en guerras convencionales o no, a cargo de ejércitos, mafias, bandas paramilitares, clanes o guerrillas diluye en una tragedia única, enorme, incesante, radicalmente insostenible, las académicas delimitaciones conceptuales entre guerra total, civil, justa o santa, genocidio, limpieza étnica, terrorismo, bandidaje o simplemente crimen. Se estiman en 86 millones las muertes causadas en el mundo por la guerra

entre 1900 y 1989. De haberse repartido esta cifra de modo uniforme durante todo el período, la guerra habría matado alrededor de 2.500 personas por día, o sea, 100 por hora, las 24 horas del día, durante 90 años<sup>2</sup>. Lo cierto es que en Kandahar y en Manhattan, en Gaza como en Jerusalén, en casi cualquier rincón del África desahuciada, en Medellín y en Grozny la Humanidad agoniza, en el cuerpo de la víctima así como en la conciencia del verdugo, a causa de enfrentamientos armados entre bandos que nada parecen saber de códigos de conducta humanitaria.

Recusada toda limitación ética, nada puede contener el desbordamiento inmisericorde de la destructividad humana en la sociedad. La generosa acumulación estatal de dispositivos y estrategias autoritarias de control de la violencia –ejércitos, leyes, tribunales, policías, cárceles– no consigue impedir la generalización del recurso a la barbarie como manifestación extrema aunque usual del conflicto, no sólo en los campos de batalla, sino incluso en el núcleo de relación más íntimo: la familia – durante los últimos 40 años, en los Estados Unidos, se ha duplicado el número de niños asesinados en su primer año de vida, y se ha cuadruplicado el de los asesinados entre uno y cuatro años; en un 60 % los asesinos son los padres<sup>3</sup>– y, por supuesto, en las calles de la ciudad, en la escuela, en los hospitales psiquiátricos o en los centros de trabajo.

Sin desdeñar el extraordinario talento del Estado para empeorar, aún más, las condiciones sociales que favorecen la exasperación violenta de los conflictos: la burocratización de los organismos policiales y judiciales; la brutalización de los medios empleados para lograr bienes públicos dudosos; el colapso crónico de los tribunales; la tortura y la pena de muerte; la masificación atroz de las cárceles; la manipulación política de la inseguridad ciudadana; la criminalización de la miseria y el consiguiente hostigamiento de ‘los pobres que molestan’ en los espacios públicos; el endurecimiento socialmente autista de la intervención penal; la reducción maniquea de la cuestión terrorista; la conversión xenófoba del extranjero pobre en el ‘enemigo cómodo’ –en expresión del criminólogo noruego Nils Christie– de la creciente ansiedad social; la reasignación injusta de los riesgos de victimización debida a la privatización de la seguridad; o la

perversa gestión pública del ‘problema de la droga’.

Violencia y desastre comparten el carácter de manifestación *extrema* (del conflicto y del riesgo, respectivamente). Consecuentemente, también su capacidad mediática de *fascinación*. Sólo la materialización de los peores presagios contenidos en cada uno de los riesgos y de los conflictos adquiere la espectacularidad y el dramatismo necesarios para reclamar un minuto de atención en la saturada parrilla de la televisión global. ¿Cuál es la ‘masa crítica’ capaz de transformar un conflicto en violencia insostenible? ¿Cuánto más sufrimiento humano se necesita para que la sangre de Gaza y Cisjordania llegue definitivamente al río? ¿Qué cifra de muertos hará intolerable la guerra infinita que viene asolando África? Sólo entre 1955 y 1995 ha habido cerca de 8 millones de muertos por la guerra en el continente africano<sup>4</sup>. ¿Cuándo y, aún mejor *cómo*, empezó el proceso de negación de la dignidad humana que culmina, con tanta frecuencia, en la muerte de una mujer a manos de su marido? Estas cuestiones no son para nada irrelevantes: la tragedia pero sólo la tragedia, violencia insostenible, nos conmueve; entonces sí, la atención informativa se vuelca en el hecho; los poderes públicos modifican las agendas políticas y asignan recursos hasta entonces *imposibles*; la acción humanitaria se multiplica. Entretanto, en los intersticios que anudan la sucesión de tragedias, violencias larvadas aguardan su oportunidad.

### **El ‘luego’ de Rousseau**

La grandiosidad espectacular del *efecto* extremo –el desastre y la violencia– enmascara no sólo el *proceso* social de creación del infortunio – el riesgo y el conflicto–, sino aún más su *causa* remota: la ilimitada *voluntad de poder* satisfacer las ‘necesidades’ humanas triviales.

Albert O. Hirschman, en las últimas páginas de su ensayo sobre las pasiones y los intereses recurre a Jean Jacques Rousseau para rozar, probablemente, el núcleo mismo de la cuestión que venimos examinando: “(para el hombre en sociedad) *se trata en primer lugar de atender a lo necesario, y luego a lo superfluo; enseguida vienen los placeres, y después la acumulación de inmensas riquezas, y después los súbditos, y*

*después los esclavos; no hay un momento de reposo; y lo más singular es que cuanto menos naturales y acuciantes son las necesidades, más aumentan las pasiones y, lo que es peor, el poder de satisfacerlas*<sup>5</sup>.

El 'luego' de Rousseau brota de su distinción, tan fundamental y famosa como desdeñada, entre el *amour de soi*, que apunta a la satisfacción de nuestras "verdaderas necesidades" a través de la adquisición de una cantidad finita de bienes, y el *amour propre*, que está adaptado a la aprobación y admiración de nuestros congéneres y que por definición carece de límite. En el paso fatal del *amour de soi* al *amour propre*, las relaciones sociales –interpersonales, de grupo, colectivas– se convierten en ese terreno minado de riesgos y conflictos sobre el que deambulamos aterrados.

Sólo la voluntad de poder parece capaz de impulsar al individuo a sobrepasar el límite del esfuerzo requerido para obtener lo verdaderamente necesario para vivir: alimento, ropa, resguardo, y a creerse obligado a luchar solitaria y encarnizadamente para acumular recursos, prestigio, *poder* en definitiva, así como a generar y a su vez padecer los costes enormes (riesgos/desastres, conflictos/violencias), en términos de Humanidad, que se derivan de esta exasperación individualista. [*Einstein*: El sumo destino del individuo es servir antes que mandar o imponer su voluntad del modo que sea]<sup>6</sup>.

El 'luego' de Rousseau desvela, pues, el quid de la cuestión, el *Gran Olvido*: la liberación de la voluntad de poder, que disuelve –por los efectos corrosivos de la escisión egocéntrica– el vínculo (ethos) que une al individuo a la Humanidad, a la Naturaleza, al Todo y establece, por consiguiente, el límite entre el yo y lo(s) demás. De este encuentro con la alteridad nace la tentación de reducir la diferencia mediante la fuerza: la voluntad de poder. ¿Qué es lo que justifica el que nos empeñemos tan obstinadamente en descubrir la diferencia entre mi propio yo y los demás cuando objetivamente lo que hay en todos es la *misma* cosa?, se preguntaba *Schrödinger*<sup>7</sup>. La escisión egocéntrica, tal y como lo desveló Nietzsche<sup>8</sup>, conlleva la fe en que los otros seres deben, por naturaleza, sacrificarse por nosotros. Ello constituye, para todas las tradiciones

filosóficas, el 'conflicto primigenio', allí donde se generan los primeros y ancestrales miedos y de donde surge la agresividad más elemental<sup>9</sup>.

Esta visión global de la destructividad humana aporta, al propósito de cartografiar la búsqueda de seguridad, un primer conjunto de *generalizaciones orientadoras* (término usado por Wilber), simples pero estables, sobre las que existe un amplio grado de acuerdo entre las diferentes ramas del conocimiento humano (desde la física y la biología hasta la psicología y la sociología) y que resulta conveniente mantener plenamente activas durante todo el proceso de *reflexión*.

## **EL ANSIA DE SEGURIDAD**

*Las ciudades, como los sueños, están  
construídas de deseos y de miedos.*

Italo Calvino

Hasta aquí, a fin a facilitar una mejor comprensión del fenómeno social de la destructividad humana, hemos procurado deconstruir la cadena causal que explica la gestación de los riesgos y los conflictos y, por la exasperación de éstos, la emergencia de los desastres y las violencias respectivamente.

La explosión de la destructividad humana no es, sin embargo, el único efecto causado por la liberación de la voluntad de poder debida a la escisión egocéntrica, sino que a su vez tiene lugar la *implosión* del ansia de seguridad.

### **Un poder explosivo e implosivo**

La explosión de la destructividad humana, originada en el núcleo de escisión egocéntrica en el que anida la voluntad de poder, tiene su correlato ineludible en la *implosión* del ansia de seguridad (Figura 2).

Corresponde ahora, por tanto, completar la deconstrucción de la cadena causal que explica la gestación de los riesgos y los conflictos y, por la exasperación de éstos, la emergencia de los desastres y las violencias respectivamente, con la reseña del proceso sincrónico de gestación de la

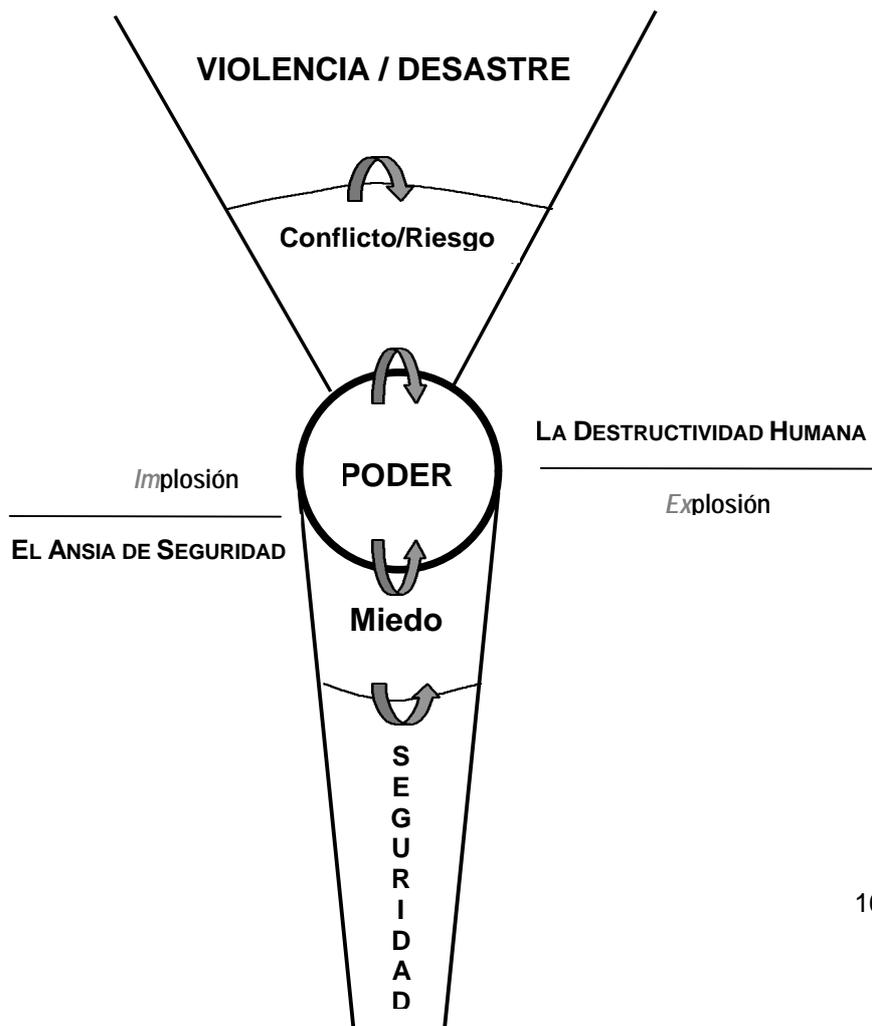
neurosis de inseguridad y, consiguientemente, del ansia de seguridad mediante el despliegue de tres nuevas proposiciones:

Proposición cuarta: La *neurosis de inseguridad* es inherente a la *voluntad de poder*.

Proposición quinta: La *neurosis de inseguridad* engendra el *ansia de seguridad*.

Proposición sexta: El *conflicto/violencia* y el *riesgo/desastre*, así como la *neurosis de inseguridad/ansia de seguridad* retroalimentan la *voluntad de poder*.

**Figura 2**  
**Repensar la inseguridad**



## La neurosis de inseguridad

De la escisión egocéntrica, por la que se libera la voluntad de poder y que nos aísla y nos confronta a lo(s) demás, surge *conflicto/violencia* y *riesgo/desastre* pero también *miedo*. Como dice Jiddu Krishnamurti, «el miedo parece ser una de las cosas más comunes en la vida; y extrañamente lo hemos aceptado como una forma de vida –al igual que hemos aceptado la violencia en todas sus variadas formas como una manera de vivir– y nos hemos acostumbrado a estar psicológicamente atemorizados»<sup>10</sup>.

Existe un miedo ‘físico’ que nos advierte de peligros ciertos e inmediatos que debemos, por imperativo de supervivencia, eludir. Pero existe, también, un miedo ‘psicológico’, aunque no por ello menos real, que expresa una difusa inseguridad existencial y que, con enorme facilidad, se enquistaba en forma de neurosis<sup>11</sup>. No se trata pues de empeñarnos, a toda costa –a menos que queramos exponernos a arrojar, con el agua sucia, también al niño–, en alejar de nosotros el miedo, sin antes haber comprendido su ambivalente utilidad: de supervivencia pero, a su vez, de dependencia. Es por ello que esta tarea delimitadora resulta crucial.

Enraizado en el instinto de supervivencia, el miedo constituye una facultad humana indispensable: aunque sea por negativa (avisa, advierte categóricamente y, llegado el caso, paraliza) nos reporta, paradójicamente, la única seguridad positiva a la que podemos razonablemente aspirar. De esta forma, el miedo constituye una visión completa, sana, que fusiona en una acción única, sin vacilación posible, el *ver* directamente –el peligro, la amenaza– y el *actuar* directamente –eliminando el peligro, evitando la amenaza.

Sucede, sin embargo, que la expansión metastásica de la voluntad de poder –a través del conflicto/violencia y el riesgo/desastre– tiene como efecto, no precisamente secundario, el embotamiento del miedo como facultad de supervivencia y, con ello, su conversión en *neurosis de inseguridad*. Debido, justamente, a su condición neurótica, la inseguridad diluye la originaria función del miedo –de alarma ante peligros y amenazas directas e inminentes– en este estado –psicológico tanto como cultural y

social– de temor difuso, aunque constante, frente a las incertidumbres que caracterizan a la modernidad.

A través del miedo ‘físico’  *vemos y eludimos* un peligro. En la neurosis de inseguridad  *percibimos* peligros y  *queremos* eludirlos. No es de poca importancia la novedad: entre la  *observación* directa del peligro y la  *acción* elusiva se ha insertado, aislándonos así de la realidad, la  *creencia*: nos  *creemos* en peligro, nos  *sentimos* inseguros, nos  *queremos* proteger. ¿Pero cuál es exactamente la amenaza? ¿Qué nos produce la inseguridad? ¿Cómo vamos a protegernos? La cuestión es que, una vez cortocircuitada la conexión que unía la  *observación* directa del peligro y la correspondiente  *acción* elusiva, la neurosis de inseguridad adquiere vida propia y se nutre tanto de los peligros y las amenazas reales como, aún con mayor razón, de las remotas e incluso de las imaginarias.

Esta distorsión de las propiedades originarias del miedo está en el origen de una de las paradojas más significativas de nuestra época: tememos, en no poca medida, aquello que es más improbable que nos suceda y viceversa [Las posibilidades que tiene una persona de morir a manos de un desconocido son por lo menos 10 veces menores a las que tiene de morir a causa de un accidente de circulación]; y, con la misma sinrazón, tememos, casi siempre, a quién no debiéramos: una buena parte de los actos de violencia no suceden entre extraños, sino entre personas que ya se conocían; muchas de las personas ‘violentas’ pertenecen al círculo familiar o de amistad de la víctima, carecen de antecedentes delictivos previos y no se ven a sí mismas como delincuentes<sup>12</sup>.

De esta forma, la neurosis de inseguridad se convierte en una brújula enloquecida que, lejos de orientarnos, nos induce a generar, y a su vez a padecer, nuevos y mayores riesgos/desastres y conflictos/violencias. Los riesgos de las decisiones que se toman son cada vez mayores por el enorme potencial adquirido para actuar sobre la naturaleza y sobre los demás<sup>13</sup>. Lo cual, unido a la extraordinaria acumulación de poder en unas pocas manos –las decisiones de unos pocos pueden llevar el horror y la muerte a centenares de miles e incluso a millones de personas<sup>14</sup>– termina transformando, monstruosamente, la benéfica facultad autoprotectora del

miedo en profecía apocalíptica de autocumplimiento.

### **El ansia de seguridad**

A diferencia del miedo 'físico', que conlleva un *acto* reflejo de prudencia –dictado por el instinto de conservación–, la neurosis de inseguridad causa un *ansia* de seguridad (estar libre de peligro o riesgo, según el Diccionario del Español actual), que es deseo vehemente, apremiante, que se convierte en exigencia.

En última instancia, el ansia de seguridad expresa, aunque a su vez acrecienta, el radical aislamiento ético propio del individualismo desesperado. Una mujer que vivía próxima al campo de exterminio de Mauthausen vio gente fusilada que sobrevivió varias horas antes de morir. Escribió para protestar: «*A menudo le toca a uno ser testigo involuntario de tales atrocidades. Estoy en todo caso asqueada, y semejante espectáculo me pone tan nerviosa que a largo plazo no puedo soportarlo. Pido que se ordene poner fin a esos actos inhumanos, o bien que se realicen donde nadie los vea*»<sup>15</sup>. La cruel agonía de los fusilados, contemplada desde el prisma egocéntrico, se reduce a *espectáculo*, en este caso *atroz*, que *me* altera. La conclusión resulta ineludible: que los actos inhumanos se perpetren *donde nadie los vea*. Es decir, pero sin ir tan lejos, que: los indigentes agonicen fuera del alcance de mi vista; los drogoadictos no se envenenen en mi calle; los delincuentes roben en otra parte; los presos se pudran en una cárcel lejana; y, los extranjeros –todo extraño parece un enemigo, dijo Freud– cuanto más lejos mejor. Pero, también, que sólo se devaste la tierra que no habito; se envenenen mares que no bañen mi playa; se contamine aquel aire que, presumo, no necesitare respirar.

El ansia de seguridad, concebida egocéntricamente como deseo vehemente de poner fin a la neurosis de inseguridad, está condenada a perseguir perpetuamente a su propia sombra. Este ingente y tenaz esfuerzo destinado a eliminar la inseguridad (*individual*) provoca un proceso constante de redistribución forzada de los riesgos en la sociedad que, en términos globales, sólo consigue, paradójicamente, aumentar la inseguridad (*general*). Sin embargo, el intercambio y transferencia de

riesgos, como ha señalado Giddens, no es un rasgo accidental en una economía capitalista. De hecho, el capitalismo es impensable e inviable sin ellos<sup>16</sup>.

A principios de los años ochenta en Estados Unidos, con los pequeños coches japoneses medrando en el mercado, tanto la Administración pública como la empresa privada apoyaron públicamente los coches de mayor tamaño ('the American car') por su mayor seguridad. Se decía, en publicaciones oficiales y se repetía en la publicidad de la General Motors, que un coche de dos toneladas es dos veces más seguro que un coche de una tonelada. Sin embargo, aunque es cierto que un impacto coche-coche es más seguro para los ocupantes del vehículo más pesado, el incremento de seguridad que gana el coche más pesado lo pierde el más ligero. De modo que ese crecimiento *individual* de seguridad sólo se obtiene a través de una redistribución del riesgo, donde los que pierden son los usuarios de automóviles más económicos (normalmente los más ligeros) y con menor poder adquisitivo. Es decir, los perdedores son nuevamente los más débiles. Y ello sin tener en cuenta factores psicológicos donde la mayor potencia, habitual en los automóviles más pesados y más costosos, tiende a producir una conducción más rápida y, por ello, una mayor inseguridad *general*<sup>17</sup>.

Aunque ello pueda retar a nuestra fragmentada visión del mundo, *inseguridad* (neurosis de) y *seguridad* (ansia de), lejos de constituir dos realidades independientes la una de la otra, conforman, en esencia, dos aspectos distintos de la misma cosa. Sin embargo, nos empeñamos en pensar acerca del miedo y la seguridad en términos dicotómicos y de relación causa-efecto. Es por ello que el ansia de seguridad, nos lleva a trazar todo tipo de fronteras ilusorias para que, como el avestruz, nos podamos *sentir* seguros. Un caso: la 'impermeabilización' de la frontera española con Marruecos ha significado el desplazamiento inmediato de las pateras llenas de inmigrantes ilegales que antes arribaban a las costas de Andalucía hacia las costas de Canarias, con el agravante que, a los costes de todo tipo (humanos, sobre todo, pero también económicos) que ha supuesto la construcción del muro en la frontera de Ceuta y Melilla, hay

que añadirle ahora los derivados del traslado de los inmigrantes, que ya saturan la capacidad de acogida del archipiélago, desde Canarias hasta la Península. Pero no sólo se trata de fronteras físicas, ya que criminalizando la droga, por ejemplo, se reproduce el delito al elevar los precios y forzar a delinquir para conseguirla<sup>18</sup>. Y lo mismo ocurre en el control de catástrofes de origen tecnológico: si se intenta aumentar la seguridad de sistemas complejos, ello hará que su complejidad se vea también aumentada, haciéndose más propensos a fallos y menos controlables<sup>19</sup>. Como advirtió Paul Virilio, el invento más brillante, favorable y útil del mundo, sea cual fuere su naturaleza, lleva en sí mismo su propio accidente específico, inherente y virtual<sup>20</sup>. El peligro radica, pues, en confundir el mapa (el ansia de seguridad) con el territorio (la inseguridad). Sólo desde esta confusión puede ignorarse la lúcida advertencia de Wilber: «cada demarcación es también un frente de batalla potencial, de manera que el mero establecimiento de una frontera equivale a prepararse para el conflicto. Cuanto más firmes son nuestras fronteras, más encarnizadas son nuestras batallas»<sup>21</sup>.

### **El corazón de las tinieblas**

La utilidad del lenguaje –concebido para nombrar, delimitar, diferenciar– resulta claramente limitada cuando se pretende transmitir la realidad esencial de las cosas. La sexta y última de las proposiciones postuladas, en esta incitación a repensar la *inseguridad* –“el conflicto/violencia y el riesgo/desastre, así como la neurosis de inseguridad/ansia de seguridad, retroalimentan la voluntad de poder”–, supone un reconocimiento tácito de esta limitación expresiva. Probablemente, la propia estructura de este texto facilite más la identificación (es decir la delimitación, la diferenciación, la ubicación) –por otra parte, previa y necesaria– de los fenómenos constitutivos de *la destructividad humana* y *el ansia de seguridad*, que no una visión completa de la realidad única que subyace a la globalidad de dichos fenómenos: la *explosión* y la *implosión*, de acuerdo con el esquema biológico del sístole y el diástole, de *la voluntad de poder*. La Figura 1 y, aún más, la Figura 2

pretenden paliar, siquiera en parte, esta carencia.

Claro que no estamos hablando de cualquier cosa. Se trata de alumbrar, con la claridad de la inteligencia, el corazón de las tinieblas (Conrad), es decir la fuente del conflicto y la violencia, la causa del riesgo y el desastre, el germen de la neurosis de inseguridad y del ansia de seguridad: la liberación de la voluntad de poder debida a la originaria escisión egocéntrica.

Alumbrar el corazón de las tinieblas, donde quiera que éstas se hallen, significa literalmente su fin: dónde llega la luz ya no hay lugar para las tinieblas. Esta es la buena noticia, la mala es que se trata de una odisea –a estas alturas ya está claro que no sólo intelectual– que nadie puede realizar por nosotros. No existen cartas de viaje fiables; acaso, en un momento dado, la fugaz estela luminosa trazada por otro ser humano; venturosamente, una momentánea compañía iniciática; e, incluso, la dicha de una inesperada intuición. Pero la cuestión principal no es ésta. Porque para esta odisea no basta la curiosidad intelectual, el ansia de conocimiento. La motivación no es positiva sino negativa y surge, sin ser buscada, en el preciso instante en el que la barbarie humana –en *todas* sus formas, la mía tanto como la de los demás– y el miedo se hacen insoportables. Ni un momento antes, ni un momento después.

Segunda parte

### **SEGURIDAD (IN)SOSTENIBLE**

*A menos que la mente esté absolutamente libre del temor, toda acción produce más daño, más desdicha, más confusión.*

Jiddu Krishnamurti

*Los desastres son el producto de la interacción de individuos que no se entienden entre sí y que se temen unos a otros.*

Jonathan Glover

*Quien pueda ver más allá del miedo  
siempre estará a salvo.*

Lao Tse

## **LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA INSEGURIDAD**

La amenaza de violencia contenida en los riesgos y en los conflictos producidos socialmente constituye el núcleo de la inseguridad pública. Lo cual explica, aunque pueda parecer obvio, la imposibilidad de lograr una seguridad sostenible en nuestras vidas. Este es un hecho crucial que nos urge comprender plenamente en todas sus implicaciones, por tantas razones decisivas, para el futuro de la Humanidad.

Pero no es esto lo que hacemos. Más que a descifrar la realidad de la inseguridad, dedicamos nuestras energías a la búsqueda de seguridad. Como aquel hombre que al regresar, de noche, hacia su casa vio que alguien estaba agachado debajo de una farola como si buscara alguna cosa. Al llegar ahí, le preguntó qué se le había perdido. A lo que aquél respondió que se le habían caído las llaves del coche y que no conseguía encontrarlas. Con intención de ayudarlo, volvió a preguntarle si era justo ahí, debajo de la farola, dónde se le habían caído las llaves. No, dijo aquél, se cayeron por allí, y señaló hacia una parte alejada y especialmente oscura de la calle. Sorprendido, el hombre que pretendía ayudarlo, le replicó: Pero, entonces ¿por qué las busca aquí? Y el hombre que seguía agachado bajo la farola respondió: Pues porque aquí hay luz.

Y, sin embargo, ahí estamos todos, agolpados bajo la luz de la farola, entrechocando y pisándonos los unos a los otros, buscando empecinadamente una seguridad que hemos perdido en otra parte. De nada parece habernos servido la sabia advertencia de Albert Einstein: cuando un problema, por más que uno haga por resolverlo, se resiste, es que está mal planteado. Y éste, parece indudable que lo está. Pero, por alguna oscura razón, preferimos la cómoda aunque inútil búsqueda de seguridad al pie de la farola antes que admitir (en el sentido fuerte del término) que el problema está en otra parte: en la creciente inseguridad

generada socialmente.

Si dispusiéramos de un improbable indicador relativo al enorme dispendio de energía que consumimos, tanto en nuestras relaciones interpersonales como en las colectivas, en los esfuerzos por huir de los efectos temidos de riesgos y conflictos, ya sean reales o bien imaginarios, y lo contrapusiéramos a otro indicador que, a su vez, diera cuenta de la escasa atención que prestamos a los procesos de generación y desarrollo de estos mismos riesgos y conflictos, es decir de la fuente real de nuestra inseguridad, probablemente nos fuera difícil seguir manteniendo este descomunal despropósito. Pero lo cierto es –y sólo esto cuenta– que, contrariando toda lógica, preferimos seguir imaginando mundos seguros antes que afrontar conscientemente, es decir con una atención plena, el inseguro mundo real. Y así, paradójicamente, vemos como se aleja de nuestro horizonte cualquier opción razonable de seguridad humana.

### **Una simbiosis inquietante**

La búsqueda de seguridad, al margen del proceso que produce la inseguridad pública, no es el camino. Y es que, en la búsqueda ansiosa de soluciones, nos alejamos del problema, y lejos del problema ¿qué solución podremos hallar? No se trata de estar de acuerdo o bien en desacuerdo. Examinémoslo. Veamos, como un caso paradigmático, qué sucede con esa catástrofe cotidiana que viene asolando, desde hace más de un siglo, las sociedades desarrolladas y que, en las últimas décadas, se extiende imparable al resto del mundo: me refiero a la siniestralidad provocada por los accidentes de automóvil, a la que Antonio Estevan –en un artículo<sup>22</sup> que, por su insólita e implacable lucidez, puede ser nuestra mejor guía en esta indagación– cualifica de “matanza calculada”.

El “Observatorio del Riesgo de Catalunya”, en su primer informe, correspondiente al año 2001<sup>23</sup>, nos recuerda que el accidente de automóvil –1.171.000 muertes en todo el mundo durante el año 1998<sup>24</sup> y con una tendencia claramente creciente– ya es la primera causa externa de muerte en el mundo, superando ampliamente las muertes provocadas por las guerras, las catástrofes naturales, los homicidios, los accidentes laborales

o deportivos y, en definitiva, cualquier muerte violenta. Constituye, asimismo, el factor de riesgo que, en nuestra sociedad, más muertes provoca entre los jóvenes comprendidos entre los 16 y los 35 años. Y no sólo eso, porque un estudio relativamente reciente<sup>25</sup> de las repercusiones económicas mundiales de los accidentes de automóvil estimaba su coste anual en 500.000 millones de dólares, en rápida progresión, en especial en los países en desarrollo, los cuales pierden por esta causa un volumen de recursos muy superior al monto que reciben en concepto de Ayuda al Desarrollo. Asimismo, los análisis prospectivos indican que en el año 2020 la atención a las víctimas de accidentes de tráfico podría llegar a consumir el 25 por ciento de todos los recursos sanitarios mundiales, condicionando severamente la viabilidad financiera de las políticas globales de salud.

No puede, pues, sino resultar sorprendente la aparente naturalidad con la que hemos asumido, no sólo socialmente sino también psicológicamente, esa “matanza calculada”, así como tantas otras, como inevitables efectos colaterales del progreso que, incuestionablemente, parece tener que asumir la colectividad. Ello explicaría, quizás, la perplejidad con que Narcís Mir concluye su análisis de la incidencia de las políticas de seguridad vial en la evolución de la siniestralidad debida a los accidentes de automóvil en España entre los años 1972 y 1996: «Creo que si tenemos en cuenta, por una parte, las numerosas medidas aplicadas a corregir la accidentalidad en el período estudiado y, por la otra, los resultados obtenidos, deberemos concluir que *es probable que exista una fuerza latente* que empuje hacia el crecimiento relativo del riesgo». Dado que esa misteriosa fuerza latente se hace visible también en otros riesgos, como el laboral y en los de accidente en la industria química o en el transporte de mercancías peligrosas, «parece posible afirmar la existencia de indicadores inquietantes que reflejan *la existencia de fuerzas estructurales* que impiden una reducción o bien el mantenimiento de los valores de riesgo y que confirman el cumplimiento de una ley de desbordamiento del riesgo<sup>26</sup>»<sup>27</sup>.

No nos hallamos pues ante una fuerza natural e inevitable, sino estructural, que resulta imprescindible identificar y a la que, llegado el

caso, deberemos responsabilizar por esta “masacre calculada”. Es justo ahí, cuando la pusilanimidad acostumbra a diluir el proceso indagatorio, de dónde arranca el vigoroso examen de Estevan: «Los accidentes de tráfico mortales han sido considerados hasta hace muy poco tiempo como una consecuencia inevitable de la existencia de los automóviles, cuya utilización se supone imprescindible para el desenvolvimiento económico y social en el mundo moderno. Nunca se ha planteado, en consecuencia, la posibilidad de atribuir responsabilidades globales sobre tales muertes a ningún estamento económico o institucional. Sin embargo, en los últimos años se han producido avances significativos en la comprensión del problema de los accidentes de tráfico, que pueden abrir el camino a la identificación de claras responsabilidades industriales: se perfila la idea de que las “matanzas” diarias del tráfico son algo muy distinto a una acumulación de fatalidades de responsabilidad individual, que es como son presentadas por las industrias interesadas y por las administraciones competentes»<sup>28</sup>.

### **Matanzas calculadas**

No cabría pues, por más tiempo, seguir contemplando esas “matanzas calculadas” como un efecto colateral transitorio que sólo con más progreso podremos, quizás algún día, eliminar; sino como un elemento intrínseco de ese progreso y, consecuentemente, como una pieza insustituible del desarrollo descomunal de la industria automovilística a lo largo del siglo XX. Hasta tal punto que no hubiera sido posible, ni siquiera imaginable, la extraordinaria acumulación de riqueza debida al éxito de esta industria, de haber existido reglamentaciones precisas que limitaran drásticamente el aumento desmesurado del número de automóviles, su masa y su velocidad; esto es, de los componentes esenciales del peligro generado por la circulación masiva de estos vehículos. Pero resulta, como destaca Estevan, que la prosperidad de la industria del automóvil depende, justamente, del aumento simultáneo y constante de estos tres factores primordiales de peligro e inseguridad, es decir, de la venta de más automóviles, más grandes y más potentes.

En otras palabras, probablemente más desconsoladas, la cuestión que reclama una atención prioritaria es ésta: el peligro, y por consiguiente la inseguridad, que nos amenaza en las carreteras y en las calles es la macabra materia de la que se nutre el lucrativo negocio de la industria automovilística (no sólo de los empresas fabricantes de automóviles, sino también de las constructoras de carreteras, de las explotadoras de autopistas, de las aseguradoras o de las petroleras).

Planteadas así las cosas, resultan evidentes las limitaciones que presentan las tradicionales “políticas de seguridad vial”: unos 30 millones de muertos y varios cientos de millones de heridos, buena parte de ellos discapacitados de por vida, es el balance de la “seguridad vial” en el siglo XX. Ante todo, porque no cabe dentro de sus atribuciones el atajar las causas reales de la inseguridad, es decir el crecimiento incontrolado del número de automóviles, de su masa y de su potencia. Pero también porque ni siquiera disponen de la capacidad efectiva para reducir los riesgos a límites realmente, es decir humanamente, asumibles; lo cual supondría, por ejemplo, imponer medidas verdaderamente efectivas (es decir no eludibles) de limitación de velocidad en los automóviles. De esta forma, las políticas de seguridad vial, en lugar de centrarse en la eliminación de los peligros que produce el automóvil, se ocupa en hacernos tolerable la inseguridad que su uso masivo nos genera y, con ello, contiene la posibilidad de que acabemos por cuestionar políticamente el coste insostenible para la sociedad (no sólo en muertes e incapacidades permanentes, sino también en degradación del medio ambiente y en ocupación desmedida del espacio público) del desarrollo incesante y sin límites de la industria automovilística.

No se trata pues de una función subordinada, la que tiene asignada la “seguridad vial” en –tomando prestado el término utilizado por Zygmunt Bauman<sup>29</sup>– *la economía política de la inseguridad*, sino determinante; porque probablemente bastaría con dirigir nuestra atención al verdadero problema para reducir a escombros la estrategia, impulsada desde el entorno de los intereses económicos ligados al automóvil, que pretende y consigue reducir la seguridad vial, prioritariamente, a una

cuestión de responsabilidades individuales. Ello es así, hasta el punto que, como dice Estevan, «en el hipotético escenario de un proceso político democrático y transparente, sin interferencias publicitarias ni corporativas, ni siquiera hubiera sido descartable el establecimiento de ciertos grados de prohibición legal del uso del automóvil, como ha ocurrido con la tenencia de armas en los países culturalmente desarrollados, o está ocurriendo más recientemente con el tabaco. Cualquiera de estas evoluciones hubiera supuesto enormes reducciones de volumen de negocio en los diversos mercados de bienes y servicios ligados al automóvil. Con la ayuda de la ingeniería de seguridad vial, este peligro ha sido conjurado, al menos hasta el momento»<sup>30</sup>.

### **La explotación de la inseguridad**

Retomemos ahora la proposición que pretendíamos verificar: la búsqueda de seguridad, al margen del proceso que produce la inseguridad pública, no es el camino. El caso de la “seguridad vial”, como hemos visto, resulta paradigmático en la medida en que nos muestra, en su crudeza, la paradójica función de las políticas tradicionales de seguridad en nuestra sociedad: legitimar la inseguridad requerida para el progreso de los negocios y, a su vez, para el mantenimiento del orden. Es decir, la fase actual de desarrollo del capitalismo necesita inseguridad global para seguir expandiéndose sin limitaciones y, a su vez, genera la estricta seguridad local requerida para contener el cuestionamiento político de este modelo.

Así se explica que las políticas de seguridad, mediante una adecuada combinación de acción represiva e intervención humanitaria, se apliquen únicamente a mantener dentro de unos límites socialmente tolerables los efectos extremos —es decir las violencias y los desastres y, por consiguiente, la inseguridad pública— de los conflictos y los riesgos intrínsecos a la buena marcha del negocio global. Este es el papel residual que el nuevo desorden mundial parece haber reservado al Estado; es decir, lo más parecido al papel de una comisaría local de policía. Al mismo tiempo, no parece detenerse el proceso de vaciamiento de las capacidades efectivas de los Estados para limitar, con fines de protección

de la seguridad personal de los ciudadanos, la producción vertiginosa de nuevos riesgos y conflictos que no cesan de anunciar nuevos y mayores desastres y violencias. Excusa decir que este vaciado de los poderes estatales no revierte en otras instancias susceptibles de garantizar una mejor participación democrática de las colectividades humanas en la regulación de estos procesos críticos para la consecución de un desarrollo y una seguridad sostenibles.

Llegados a este punto, es más que probable que hayamos topado con uno de los déficits más lacerantes del pensamiento contemporáneo: la profunda incompreensión –no necesariamente inocente– del papel ejercido por la simbiosis existente entre inseguridad y seguridad en el ascenso de lo que Manuel Castells denomina el *capitalismo informacional global*<sup>31</sup>. Y, sin embargo, no parece exagerado decir que tenemos ante nosotros una tarea ineludible y apremiante: se trata de desvelar los mecanismos y los propósitos que constituyen *la economía política de la inseguridad*. Ello supone que deberemos detectar y desenmascarar los procesos de generación (en términos de riesgo-desastre y de conflicto-violencia) de todas y cada una de las “matanzas calculadas” que sustentan la inaudita acumulación de riqueza en unas pocas manos. Sólo así lograremos cuestionar la raíz misma de la paradójica función de las tradicionales “políticas de seguridad”; las cuáles, lejos de intervenir en las fuentes de los desastres y las violencias, es decir en los riesgos y en los conflictos, no les queda sino legitimar la inseguridad pública requerida para el progreso del negocio global y, llegado el caso, frenar la impugnación política del coste insostenible, en términos de seguridad humana, de la explotación inmisericorde de la inseguridad pública como medio, indudablemente ilegítimo, de apropiación de los recursos y del poder.

## **EL TERRORISMO NO TIENE SOLUCIÓN**

*Los peligros de la libertad son siempre preferibles a las seguridades de la servidumbre.*

Thomas Jefferson

Hay problemas, como sugiere Umberto Eco, que deben resolverse demostrando que no tienen solución. Eco dice que la función del intelectual es atreverse a decir este tipo de verdades aunque puedan llevar a resultados emotivamente insoportables. En el mismo sentido, Juan José Linz, en su libro sobre la quiebra de las democracias, sostiene que una de las responsabilidades del político es decir qué situaciones son irresolubles o cuáles tienen muy difícil solución.

Nada de todo eso parece estar sucediendo en la cuestión del terrorismo. No son muchas aún las voces –ni entre los intelectuales ni, aún menos, entre los políticos– que se atrevan a afirmar que el terrorismo es un problema sin solución obvia. De esta forma, nos vemos abocados a una bien poco esperanzadora guerra-contra-el-terrorismo que no admite espacio alguno para la reflexión. Y, sin embargo, resultan abrumadoras las razones que nos permiten vislumbrar el callejón sin salida al que nos conduce esta obcecada apuesta por una hipotética *solución militar*.

A pesar de que no sea el camino más fácil, ni siquiera el más atractivo probablemente, parecería recomendable, por un sentido de Humanidad, seguir la recomendación que nos legó Ernst Jünger: “Antes de poder actuar sobre un proceso es preciso haberlo comprendido”. Lo cual nos obliga a cuestionar, no sólo ahora y aquí, algunas ‘verdades’ demasiado repetidas y poco razonadas acerca del fenómeno de la violencia terrorista.

### **La represión agrava el problema**

Obligados a actuar con una serie de valores y principios, hay medidas que no es posible aplicar, en democracia, al caso del terrorismo. Resulta indudable, por tanto, que el terrorismo se mueve a gusto en el terreno de los derechos y las libertades públicas propias de las democracias liberales, a la vez que constituye una grave amenaza para la estabilidad de las sociedades tolerantes. En última instancia, el terrorismo busca una reacción estatal desmesuradamente coactiva, basada en una lógica militar, que traicione los principios y los procedimientos propios del orden democrático. Una reacción como ésta, lejos de atajar las causas del

incendio social, lo aviva –aumentando la inseguridad, el desorden y polarizando el conflicto– y, con ello, contribuye decisivamente a la cronificación y a la extensión del problema que, se supone, pretendía resolver<sup>32</sup>. Asimismo, en la lucha contra el terrorismo, se cae con frecuencia en la “falacia normativa” de quienes piensan que imponer una prohibición significa anular el problema. Cuando la realidad es la contraria: con frecuencia la prohibición agrava el problema<sup>33</sup>. Asimismo, resulta dudoso que la estrategia de “ser duros con los terroristas” tenga mucho efecto sobre los miembros más implicados. Así que la amenaza de un aumento adicional de las penas por sus acciones tiene un escaso efecto disuasorio, si es que tiene alguno<sup>34</sup>.

### **Una lógica maniquea**

No es cierto que en democracia se pueda debatir sobre cualquier cosa: cuando se trata de comprender el fenómeno de la violencia terrorista, se impone una lógica maniquea que sólo permite razonar libremente *contra el enemigo*. Y es que, como ya dijo Montaigne: “cada uno designa como barbarie lo que no es de su uso”. En realidad, en nuestra sociedad, existe un rechazo generalizado a cualquier planteamiento del problema de la violencia en términos de choque de valores contrapuestos en el seno de una sociedad multicultural –lo cual, claro está, sólo resultaría posible desde la comprensión de las razones del otro–. Bien al contrario, reducimos dogmáticamente el debate a una cuestión puramente criminal y, en la medida en que la simplificamos de forma tan extrema, la convertimos en hueca y carente de toda utilidad interpretativa. Este alejamiento de la realidad supone, en buena medida, una sacralización de la democracia, entendida como solución y salvación en ella y por ella misma, en detrimento de su condición de medio idóneo para la resolución de los conflictos políticos<sup>35</sup>. Y, en última instancia, puede resultar incluso sorprendente que no se nos ocurra deducir, como sí lo hizo Bertrand Russell, que el Estado que tiene estructuras de base rechazadas de modo obstinado y apasionado por una parte de la sociedad, padece un déficit substancial de legitimidad.

### **El origen común**

Joxe Azurmendi nos advierte que el problema de la violencia política, y de la terrorista en particular, no es un problema abstracto, absoluto; es un problema que tiene raíces históricas, políticas, sociales y culturales, por ello relativas y condicionadas y, por consiguiente, que sólo se podrían superar o arreglar si se ponen las condiciones adecuadas<sup>36</sup>. En realidad, una parte muy significativa de lo que entendemos como terrorismo contemporáneo tiene su origen común en las movilizaciones políticas protagonizadas por nuevos movimientos sociales y otros más tradicionales que, entre la segunda mitad de la década de los sesenta e inicios de los setenta, zarandearon a la mayor parte de las sociedades occidentales. Dichas movilizaciones, a su vez, constituían la expresión de nuevos conflictos originados por transformaciones socioeconómicas de gran alcance y al consiguiente cambio generalizado de valores<sup>37</sup>.

### **Una aplicación muy deliberada**

La violencia terrorista, en sus diversas formas, constituye una de las manifestaciones extremas, con la guerra, del conflicto por el poder político, ya sea para adquirirlo, para ampliarlo o bien para conservarlo. Toda política es una lucha por el poder y el poder es, en esencia, violencia. Así, en el terrorismo, confluyen política y violencia con la perspectiva de conseguir poder: poder para dominar y obligar, para intimidar y controlar y, finalmente, para forzar el cambio político. Por tanto, la violencia (o la amenaza de violencia) es la condición *sine qua non* de los terroristas, que están firmemente convencidos de que sólo a través de la violencia podrá triunfar su causa, y sus fines políticos a largo plazo podrán cumplirse. Con este propósito en mente, los terroristas planean sus operaciones para conmocionar, impresionar e intimidar, asegurándose de que sus actos sean lo suficientemente arriesgados y violentos como para captar la atención de los medios y, a través de ellos, del público y del gobierno. A menudo, el terrorismo que consideramos como indiscriminado y sin sentido no lo es, sino que es una aplicación muy deliberada y pensada de la violencia<sup>38</sup>.

### **Todos formamos parte de la tragedia**

En el debate sobre el problema terrorista se recurre abusivamente a argumentaciones absolutistas del tipo “la vida es sagrada” o “toda violencia es perversa” que, en realidad, sólo sirven para eludir el incómodo deber ilustrado del razonamiento. Quizás, en una hipotética situación en la que la violencia aún no hubiera estallado, pudieran sernos de alguna utilidad, en la medida que consiguieran frenarla, argumentos del tipo “toda violencia es perversa”; pero, una vez producida la fractura social, ya no es posible situarse fuera ni por encima: nos guste o no, todos formamos parte de la tragedia y a todos nos corresponde razonar por nosotros mismos, con radical libertad y responsabilidad, buscando la salida, como no podría ser de otra forma, desde dentro. Asimismo, recogiendo un argumento de Sass, si la vida es de veras tan sagrada, no debería costar nada, por ejemplo, imponer la tasa cero de alcohol tolerado en la sangre de los conductores, y la edad mínima para obtener el permiso de conducir en los 28 años; sólo con ello se reduciría en un 80% la tasa de mortalidad entre los jóvenes de USA<sup>37</sup>.

### **Desatar el nudo**

«Es tan estrecha, dice Jünger, la conexión que hay entre el miedo y los peligros amenazadores (en este caso la violencia terrorista) que resulta muy difícil decir cuál de esos dos poderes es el que engendra al otro. El miedo es más importante; de ahí que haya que empezar por él si se quiere desatar el nudo. Es menester prevenir de lo contrario, es decir, del intento de comenzar por los peligros que nos amenazan. Si tratásemos de hacernos más peligrosos que aquellos a quienes tememos no contribuiríamos a la solución»<sup>40</sup>. Desatar el nudo que enlaza terror y terrorismo, ese es el reto planteado por Jünger y que Antonio Escotado hizo suyo en su, premiada aunque no sé si debidamente reconocida, obra “El espíritu de la comedia”. En ella, sostiene Escotado: «La escalada terrorista es un fenómeno esencial para la legitimación contemporánea de Leviatán que viene promovido directa e indirectamente por sus propios gestores. Apenas hemos empezado a disolver las nubes de humo que

todavía ocultan esta evidencia»<sup>41</sup>. Y esa es justamente la tarea –la de aclarar lo oscurecido–, democráticamente ineludible e inaplazable, en la que no sería sensato dejar sólo a Antonio Escohotado.

Quizás hoy más que nunca, gobernar equivale a administrar el miedo de los demás. Ello explica la perversión por la cual resulta que el interés objetivo del guardián sea que el temor se mantenga e incluso que aumente –como sabemos bien, las policías secretas están especializadas en crear los peligros que se ofrecen a resolver–. En particular, el pánico a la violencia terrorista nos lleva a fortalecer los poderes coactivos – *hacernos más peligrosos que aquellos a quienes tememos (Jünger)*– y, reduciendo la responsabilidad de los protectores ante los protegidos, a cronificar las amenazas más graves a la civilidad. De esta forma, en pleno siglo XXI, una parte importante de la población mundial sigue pagando, con sus bienes tanto como con su libertad, por la protección ante unos enemigos que no siempre resultan claramente discernibles de sus protectores. Con todo, la manipulación interesada del temor ajeno no podría ser patrimonio exclusivo de nadie. Estatal por nacimiento y vocación, la instrumentalización política del terror se produce, obviamente, también en los ámbitos paraestatal y extraestatal. Sin embargo, como advierte Escohotado, a lo que hoy llamamos ‘terrorismo’ sólo incluye actos contrarios a la seguridad de algún Estado, y de ahí nacen ciertos equívocos de no poca trascendencia.

«Lo extraño, y merecedor de atención –apunta Escohotado, en esa larga pero entiendo que justificada cita, refiriéndose a la lucha contra el terrorismo de ETA en España–, es que las masacres indiscriminadas parecen “desestabilizar” al poder en funciones, cuando ese tipo de acciones contribuyen –y mucho– a acrecentar la llamada *governabilidad* de un país. Si el ciudadano tiende de modo espontáneo a exigir cuentas de sus representantes políticos, sin querer que acumulen demasiadas prerrogativas, con un comprensible deseo de que administren escrupulosamente los asuntos comunes y nada más, la masacre sugiere suspender toda suspicacia, conferir poderes de excepción y tolerar cualquier irregularidad en la gestión del derecho y la cosa pública mientras

dure semejante amenaza. Funcionarios que en otro caso podrían ser vistos con desconfianza, pasan a asumir el papel de abnegados héroes, y cualquier problema de abuso en su conducta queda radicalmente abolido. Se pone así en marcha una dialéctica compleja. (...) Por una parte, el Gobierno hace suyo el mandato de aniquilar al enemigo, y para conseguirlo no vacila en provocar la exasperación de los sectores sociales donde se originó, cuya inmediata consecuencia es más terrorismo o, cuando mucho, una pausa para devolver luego los golpes sin el menor escrúpulo. Por otra parte, antes o después comprende que así no será posible vencer, y que sólo una solución negociada puede evitar la sangría económica; pero eso contraviene al principio de su autoridad soberana, y tropieza con núcleos de su propio aparato hechos a las rentas del matadero. (...) Desde el lado de los terroristas, (...) sus desinteresados combatientes de la libertad pasan a ser profesionales del exterminio, metidos en una espiral de violencia que les enajena el apoyo de incondicionales previos y provoca una involución hacia el fanatismo, único recurso para ejecutar también a camaradas disconformes con la *línea*. Esperaríamos entonces que su contrincante, el Gobierno en vigor, aprovechara la coyuntura para acelerar al máximo el proceso de autodeterminación, defendiendo un escrupuloso cumplimiento de las leyes ante sujetos que han empezado a desvariar. Con todo, en vez de eso transige con torturas e inexplicables asesinatos, promulga una legislación incompatible con cualquier Estado de Derecho y sufraga la formación de otro grupo terrorista, borrando la diferencia esencial que podría deslindar su conducta de la conducta perseguida. Bastaba con esto para asegurar un encono crónico, y en la ulterior serie de agresiones se han producido demasiadas atrocidades para que ninguno de los bandos acepte cosa distinta de una desnuda rendición, inaceptable para ambos. Quizá haya llegado, pues, el momento de insistir precisamente en los beneficios que uno y otro obtienen manteniendo las cosas como están. Hecho cada cual a las rentas políticas de aparecer como un San Jorge en lucha contra el Dragón, es problemático que alguno encuentre la energía ética y la humildad precisa para clausurar un desolladero nutrido con puntuales

aportaciones mutuas»<sup>42</sup>.

### **Los vínculos del terrorismo**

Uno de los aspectos más inquietantes del terrorismo contemporáneo quizás radique en su dimensión transnacional y en el entrelazamiento, de una parte significativa de su actividad, con el Crimen Organizado Global, especialmente con el tráfico de armas y el narcotráfico. Para Reinares, los vínculos existentes entre terrorismo y otras formas de seria delincuencia organizada como el narcotráfico, no constituyen un hecho novedoso: los gobiernos patrocinadores del terrorismo internacional, así como servicios secretos implicados en acciones subversivas fuera de sus fronteras estatales vienen financiando buena parte de dichas actividades mediante los dividendos que origina el tráfico ilegal de sustancias estupefacientes. Asimismo, la actual estructura del mercado negro internacional de armas tiende a impedir transacciones que no descansen sobre las mismas infraestructuras logísticas, informativas y financieras utilizadas para el comercio ilegal de drogas y otras formas de grave criminalidad organizada<sup>43</sup>. Aunque, el proceso de inserción del terrorismo en el mercado global no se reduce a su articulación en el seno del Crimen Organizado Global, sino que a través de éste rompe la ficticia frontera entre economía legal e ilegal mediante el blanqueo de dinero procedente de las actividades extorsionadoras. De esta forma, se hace imposible considerar el terrorismo como un fenómeno exógeno a nuestro ordenamiento económico y político. Bien al contrario, surge y crece en medio de nuestros conflictos políticos, acompañado directa o indirectamente por el Estado, a través de sus servicios secretos, y participa activamente en la nueva economía mundial, a través de un sector tan relevante para el equilibrio financiero global como el representado por el conjunto articulado de traficantes de casi todo: armas, drogas, personas, residuos radioactivos, etc.

### **El lenguaje del terror**

El terrorismo, como lo describe Juergensmeyer, es el lenguaje

para llamar la atención. Sin llamar la atención, el terrorismo no existiría. Lo que convierte en tal a un acto de terrorismo es que aterroriza. Los actos a los que asignamos esta etiqueta son acontecimientos deliberados, explosiones y ataques llevados a cabo en lugares y momentos calculados para ser advertidos. El terrorismo sin sus testigos horrorizados sería tan inútil como una obra de teatro sin público. Cuando a nosotros, observadores de esos actos, nos afectan –nos disgustan o repelen y empezamos a desconfiar de la tranquilidad del mundo que nos rodea–, es que ese teatro consigue sus propósitos<sup>44</sup>. Frecuentemente, los medios de comunicación responden a las propuestas de los terroristas con demasiada prontitud, incapaces de ignorar algo que ha sido adecuadamente descrito como “un acontecimiento construido de forma específica para sus necesidades”. Lo cual no puede extrañar en una época de declaraciones y titulares en la que, con frecuencia, se da prioridad a las imágenes impactantes y a las frases enérgicas –que a menudo se confunden con el buen periodismo– sobre el análisis deliberado y la exégesis detallada. Un columnista norteamericano, refiriéndose a la manera con que los medios de comunicación norteamericanos cubrieron el secuestro del vuelo 847 de la TWA por terroristas chiítas libaneses en 1985, escribió: «los terroristas explotaron la codicia normal de los medios de comunicación, especialmente la televisión, para dar informaciones de impacto internacional, por lo dramático y por la dimensión humana de la noticia... En esta atmósfera la competitividad de los medios, siempre brutal, se convierte en algo especialmente feroz, en parte porque el público está más atento, y en parte porque algunos pueden estar jugándose el estrellato mediático»<sup>45</sup>.

### **El terrorismo religioso**

El terrorismo es uno de los fenómenos políticos más fluidos y dinámicos, que evoluciona constantemente hacia formas nuevas y cada vez más peligrosas con la intención de evitar las medidas de seguridad existentes en cada momento<sup>46</sup>. A pesar de esa fluidez, algunos de nuestros conceptos básicos acerca de este fenómeno se vienen abajo

cuando introducimos en el estudio del terrorismo internacional los nuevos datos sobre el crecimiento del terrorismo religioso y la extraordinaria multiplicación de su potencial de violencia y destrucción. Más que como elementos de una estrategia política global, las acciones del nuevo terrorismo religioso aparecen como declaraciones simbólicas, cuyo fin parece ser el de otorgar un cierto poder a comunidades desesperadas. Los activistas religiosos han desafiado la idea de que la sociedad laica y el moderno Estado-nación puedan proporcionar el tejido moral que aúne a las comunidades nacionales o la fuerza ideológica que sustenta a los Estados zarandeados por fracasos éticos, económicos y militares. Su mensaje ha sido fácil de creer y ampliamente aceptado por lo aparentes que han sido los fracasos del Estado laico. Tanto la violencia como la religión han surgido en tiempos en que la autoridad está cuestionada, ya que ambas son modos de desafiar y sustituir a la autoridad. Una consigue su poder de la fuerza y la otra de sus pretensiones de orden definitivo. La combinación de las dos en actos de terrorismo religioso ha sido ciertamente una poderosa afirmación. Los rebeldes religiosos posmodernos no son, pues, ni anomalías ni anacronismos y, por todo ello, la estrategia de guerra-contra-el-terrorismo puede ser muy peligrosa, ya que parece seguir el guión escrito por los terroristas religiosos: la imagen de un mundo en guerra entre las fuerzas laicas y religiosas<sup>47</sup>.

### **La nueva economía de la guerra**

Las nuevas guerras implican un desdibujamiento de las distinciones entre guerra, crimen organizado y violaciones a gran escala de los derechos humanos. Las nuevas guerras son el símbolo de una nueva división mundial y local entre los miembros de una clase internacional que saben inglés, tienen acceso al correo electrónico y a la televisión por satélite, utilizan dólares o euros o tarjetas de crédito, y pueden viajar libremente, y los que están excluidos de los procesos globales, que viven de lo que pueden vender o intercambiar o de lo que reciben en concepto de ayuda humanitaria, cuyos movimientos están restringidos por los controles, los visados y los costes de los viajes, y que son víctimas de

asedios, hambrunas forzosas, minas, etc.<sup>48</sup>. Pero tampoco resulta más fácil distinguir entre la guerra y la paz. La nueva economía de guerra puede representarse como un continuo que empieza con la combinación de delincuencia y racismo existente en los barrios más pobres de las ciudades europeas y de Norteamérica y alcanza su manifestación más aguda en las zonas donde la violencia tiene mayor dimensión. La capacidad de las instituciones políticas formales, sobre todo del Estado-nación, para regular la violencia, está erosionada, y hemos entrado en una era de violencia informal de bajo nivel y a largo plazo, la guerra posmoderna<sup>49</sup>.

El terrorismo es, por tanto, un problema sin solución obvia. Es decir, mientras las relaciones de poder sigan inalteradas, la violencia surgirá de nuevo, tarde o temprano, aquí o allá, una y otra vez.

## **EL SUICIDIO DE LA ESPECIE**

*«Los metales saldrán de oscuras y lóbregas cavernas y pondrán a la raza humana en un estado de gran ansiedad, peligro y confusión. (...) Conducirán a cometer un sinnúmero de crímenes; aumentarán el número de hombres perversos y les estimularán al asesinato, al robo y a la esclavitud; (...) privarán a las ciudades de su feliz estado de libertad, acabarán con la vida de muchos y serán causa de que muchos hombres se torturen con infinidad de fraudes, engaños y traiciones. (...) Con ellos las inmensas selvas serán arrasadas de sus árboles y por su causa perderán la vida infinito número de animales. Se verán sobre la Tierra seres que siempre están luchando unos contra otros con grandes pérdidas y frecuentes muertes en ambos bandos. Su malicia no tendrá límite. (...) Cuando se sientan hartos de alimentos, su acción de gracias consistirá en repartir la muerte, la aflicción, el sufrimiento, el terror y el destierro a toda criatura viviente. (...) Nada de lo que existe sobre la Tierra, debajo de ella o en las aguas, quedará sin ser perseguido, molestado o estropeado; y lo que existe en un país será traspasado a otro. (...) Muchos niños serán maltratados sin piedad por sus mismas madres,*

*tirados por tierra y después mutilados. (...) Algo maligno y terrorífico se extenderá de tal manera entre los hombres que éstos, en su deseo alocado de huir de ello, se apresurarán a aumentar ilimitados poderes».*

Leonardo da Vinci (1452-1519), *Cuaderno de Notas*

A los peligros naturales que vienen acompañando a la Humanidad a lo largo de su historia (terremotos, inundaciones, hambrunas, epidemias) se le han añadido, en esta última etapa, los nuevos riesgos producidos por el desarrollo industrial (debido en gran medida a un desbocado progreso científico-tecnológico). A su vez, la interacción de los peligros naturales y los modernos riesgos tecnológicos en el contexto de la mundialización de la economía, el transporte y las comunicaciones ha supuesto la aparición, en estas últimas décadas, de un auténtico riesgo global de catástrofe humana y ecológica que viene manifestándose en un *in crescendo* de espantosos desastres locales.

La dimensión global del desastre viene a cuestionar los modelos imperantes de desarrollo y gobernabilidad, que todavía siguen anclados en principios y estrategias propias del siglo XIX, pero también el dominio tecnocientífico de la cultura y la política en las sociedades desarrolladas. En este nuevo escenario, ya no resultan adecuados los tradicionales sistemas de gestión estructurados entorno a los dispositivos de detección, intervención y rehabilitación (protección civil) y casi exclusivamente dedicados a la intervención humanitaria una vez se ha producido la manifestación extrema del riesgo (el desastre) y, una vez concluido éste, a restablecer la situación preexistente.

En última instancia, los desastres a escala local o bien global, activados por un fenómeno natural o bien provocados por el desarrollo tecnológico, ya sean visibles o bien imperceptibles para los sentidos humanos, no pueden ser comprendidos ni como fatalidades fuera del alcance de nuestra inteligencia ni como accidentes que escapen a nuestra responsabilidad. El desastre global, visible ya en sus crecientes manifestaciones locales, evidencia la fractura profunda que explica el desatino de la Humanidad sobre la Tierra, es decir la quiebra de nuestra

interacción armónica con la Naturaleza, tanto como la disolución de la unidad consciente de la especie.

### **Riesgo global, desastres locales**

¿Hay desastres naturales o es *natural* que haya desastres? Existe una confusión generalizada, en parte comprensible pero también interesada, que identifica los *peligros* que suponen para la supervivencia humana determinados sucesos físicos (terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas, deslizamientos de tierras, sequías) con los *desastres* que estos fenómenos naturales pueden llegar a provocar en determinadas poblaciones humanas. Conviene pues, ante todo, poner las cosas en su sitio: la totalidad de estos fenómenos, desde mucho antes que apareciera el Hombre y probablemente hasta mucho después que éste haya desaparecido, constituyen el fluir mismo de la Vida en la Tierra.

La realidad, de no verse deformada por una visión antropocéntrica, es simple: el terremoto no va al Hombre sino que es el Hombre quién se expone a los efectos del terremoto. En otras palabras, la comprensión plena de los desastres mal llamados naturales, requiere prestar por lo menos la misma atención a las condiciones inseguras que hacen *vulnerables* a determinadas comunidades humanas a los efectos de fenómenos naturales, que la que dedicamos a intentar desvelar las reglas misteriosas que rigen dichos fenómenos susceptibles de activar desastres. Visto así, el desastre natural sólo es posible cuando, en un lugar determinado y en un momento dado, entran en contacto dos elementos complementarios: la circunstancia (una población vulnerable) y la oportunidad (un suceso físico peligroso para el Hombre).

Aunque no hay acuerdo sobre si, en los últimos decenios, ha aumentado el número de desastres de origen físico, sí sabemos que no cesan de crecer sus efectos devastadores para la supervivencia, a corto o a medio plazo, de numerosísimas comunidades humanas. En todo el mundo, pero trágicamente en buena parte de África, Asia y América Latina, cada vez son más los seres humanos que se ven forzados a vivir en lugares (laderas inestables en los suburbios de grandes ciudades, tierras

inundables, zonas costeras afectadas por tsunamis, áreas climáticas inhóspitas) y en *condiciones inseguras* (construcciones inadecuadas, inexistencia de sistemas de alerta, insuficiente acceso a los recursos) que los hacen vulnerables a una gran diversidad de fenómenos naturales peligrosos.

La aparatosidad y el misterio de las manifestaciones de la naturaleza que pueden amenazar nuestra supervivencia no deberían hacernos perder de vista las verdaderas *causas de fondo* (económicas, culturales, políticas) que explican la transformación, a través de *procesos dinámicos* de carácter social, de estos fenómenos naturales en cada vez mayores y más frecuentes desastres humanos. De esta forma, en la sociedad del riesgo global<sup>50</sup>, el desastre natural se acerca, hasta llegar a confundirse, a los desastres producidos industrialmente.

### ***Riesgos fabricados***

¿El riesgo, en la sociedad actual, es un efecto colateral o bien un elemento intrínseco del crecimiento económico? En la medida que aceptemos la premisa que sostiene que los riesgos constituyen efectos colaterales y por consiguiente no deseados del progreso, estaremos exonerando de cualquier responsabilidad a quienes los generan. Y no sólo esto: también estaremos extendiendo un cheque en blanco que permita proseguir la redentora tarea modernizadora que, según se quiere creer, debe terminar aunando progreso económico, justicia social, interacción armónica con la naturaleza y seguridad básica para todos.

Esta creencia, dominante en nuestra sociedad, nos impide ver – como ocurre con todas las creencias– que la realidad está en otra parte. Desgraciadamente, en la sociedad del riesgo, la más profunda incertidumbre rige el crecimiento económico, la producción industrial e incluso el desarrollo científico y tecnológico. Incertidumbre que, lejos de ser contrarrestada con la prudencia, se ve avivada incesantemente por una ciega y temeraria fe de propagandista en un progreso indiscutible e imparable. Así, actividades de tan elevado peligro para la supervivencia misma de la especie, como lo pueden ser la producción industrial de

energía nuclear o de alimentos modificados genéticamente, se sustentan en insistentes proclamas de su inocuidad para la salud humana que, a su vez, se ven desmentidas espectacularmente por la negativa radical de las propias compañías aseguradoras a ni siquiera considerar, a precios asumibles, la cobertura de los riesgos implícitos a dichas actividades.

Porque de eso se trata, justamente: de riesgos implícitos al desarrollo económico en la sociedad industrial. Es el caso, paradigmático, del extraordinario crecimiento experimentado por la industria automovilística a lo largo del último siglo: la prosperidad extraordinaria de esta industria se sustenta, lógicamente, en el aumento constante de tres factores –cantidad de vehículos, masa y velocidad– que, al mismo tiempo, constituyen las causas de fondo de la ‘matanza calculada’<sup>51</sup> que ensangrienta las carreteras de las sociedades industrializadas y progresivamente también las de los países pobres.

En una historia de la hambruna de Sahel en los años 70 registrada por Mamdani se dice que un hombre gordo le dijo a uno flaco: «Usted debe sentir vergüenza de sí mismo. Si alguien que esté de visita en el país lo ve a usted antes que a cualquier otro, pensaría que aquí hay hambruna». El flaco replicó: "Y si lo viera a usted enseguida, sabría la razón de esa hambruna!». Como la riqueza, los riesgos tampoco se distribuyen equitativamente. En la lucha por el poder y los recursos a escala mundial, una ínfima parte de la Humanidad acapara ya el acceso a los recursos necesarios para la supervivencia e impone, a la inmensa mayoría de la población, importantes restricciones en su acceso a los recursos vitales y, por tanto, una existencia en condiciones inseguras que la convierten en particularmente vulnerable no sólo a los peligros medioambientales sino también a los riesgos producidos industrialmente.

### ***El despliegue del desastre global***

Sin embargo, hoy, más que nunca, se ponen de manifiesto los lazos que unen la totalidad de los fenómenos que acontecen en la Tierra. No se trata sólo de la aparición de una economía planetaria, con unos mercados financieros que contratan durante las 24 horas del día y con

empresas multinacionales que hacen parecer pequeños a algunos países, o de nuevas formas de derecho internacional y el desarrollo de estructuras regionales y planetarias de gobierno. A su vez, también emergen problemas sistémicos a escala planetaria: el calentamiento de la Tierra, la pandemia del sida, el terrorismo masivo, la volatilidad de los mercados, el blanqueo de dinero, el narcotráfico internacional, la regulación de la ingeniería genética, la difusión de las armas de destrucción masiva, etcétera.

La probabilidad de un desastre global, planteada en términos de afirmación o bien de refutación de un escenario apocalíptico, queda inevitablemente condenada a una controversia estéril entre pesimistas y optimistas. Por el contrario, si vemos el desastre como la manifestación extrema del riesgo, entonces nuestra atención se centrará en el despliegue del desastre global a través de la proliferación, progresivamente sinérgica, de catástrofes locales. Porque, en realidad, no existen amenazas globales como tales; antes bien, están cargadas y mezcladas con los conflictos étnicos, nacionales y de recursos que vienen azotando al mundo sobre todo después del fin de la confrontación Oriente-Occidente, hasta el punto en que se han hecho irreconocibles<sup>52</sup>.

No debiera, pues, preocuparnos tanto la eventualidad de un estrambótico suceso catastrófico, capaz por si mismo de provocar un desastre global que acabe con la vida humana en la Tierra, como el aumento del riesgo que las distintas amenazas globales que están en marcha (la destrucción ecológica, las guerras y las consecuencias del desarrollo científico-tecnológico) puedan complementarse y acentuarse mutuamente en una espiral de destrucción que podría desarrollarse en una gran crisis en la que convergieran todos los demás fenómenos de crisis.

### **Espíritu humanitario y poder**

La gestión de los desastres, en el inicio de este tercer milenio, se mantiene circunscrita a las funciones de asistencia de socorro y de reconstrucción que les son propias a los sistemas, nacionales e internacionales, de protección civil. La eficacia de este modelo de gestión

viene, sin embargo, siendo crecientemente cuestionada en los últimos años. Son muchas las razones –magníficamente recogidas y sistematizadas por Blaikie, Cannon, Davis y Wisner<sup>53</sup>– que ponen de manifiesto la inadecuación, para la gobernabilidad democrática y el desarrollo humano en la sociedad del riesgo global, de un enfoque tan limitado en el tratamiento de los desastres.

El despliegue, de lo que ha venido en llamarse, “un nuevo espíritu humanitario internacional” puede llegar a esconder pero en ningún caso a desactivar la lucha por el poder que prosigue en los escenarios de las catástrofes y que se manifiesta tanto en las operaciones de ayuda de emergencia como en las de reconstrucción. Resulta fácil observar en las operaciones humanitarias –particularmente por parte de los supervivientes de la catástrofe– elementos tan poco edificantes como el reparto injusto de la ayuda internacional o su apropiación criminal por parte de mafias y/o funcionarios corruptos; el suministro de recursos perfectamente inútiles e incluso de provisiones alimenticias culturalmente inaceptables, alimentos dañados o contaminados o diseño de refugios que a la larga aumentan la vulnerabilidad. Pero también, con excesiva frecuencia, se produce una auténtica avalancha de políticos, periodistas, supuestos expertos en catástrofes y equipos de rescate que, en perfecta descoordinación cuando no en abierta competencia entre sí, lejos de atender a las verdaderas necesidades de ayuda que presenta la población afectada, constituyen un desastre añadido al que se supone pretendían paliar.

Predomina, además, en los organismos estatales de asistencia de socorro y aún en ciertas organizaciones no gubernamentales, una tendencia no exenta de arrogancia tecnocrática a considerar a las víctimas de un desastre sólo como parte del problema (necesitan alimento, agua, alojamiento, etc.) y no de la solución. Con ello se menosprecia la fuerza principal en cualquier proceso de ayuda de emergencia: la motivación y el esfuerzo colectivo de los supervivientes, sus amigos y familias; se impide a la población tomar las decisiones claves sobre su futuro bienestar y participar activamente en cada etapa de su propia recuperación, sin ninguna presión paternalista o interferencia por parte de los grupos de

auxilio; y, finalmente, se olvida que otros grupos pueden ayudar, pero que no existe razón alguna para que hagan aquellas cosas que hacen mejor los propios supervivientes.

### ***Restaurar la vulnerabilidad***

El desastre, en tanto que manifestación extrema del riesgo, trasciende –como hemos visto en la primera parte– su aparente carácter episódico y desvela una situación social de desastre permanente. Pero también refleja, probablemente con mayor nitidez que en cualquier otra circunstancia, las causas de fondo que explican la catástrofe y, en particular, unas condiciones de acceso a los recursos que, como resultado de la lucha por el poder, resultan extremadamente desiguales para los distintos grupos sociales.

Sólo así puede entenderse que la gestión de la recuperación de desastres considere la reconstrucción como un proceso estrictamente físico y que se limite a la restauración de la "normalidad". Lo cual supone no reconocer que los desastres exponen la vulnerabilidad crónica de "situaciones normales", las cuales son casi inevitablemente un síntoma de causas muy arraigadas, que se reflejan en estructuras que expresan, apoyan y reproducen patrones de desigualdad, dominación y explotación. La ayuda de emergencia y la reconstrucción pueden incluso agravar las divisiones y patrones de inequidad dentro de una sociedad; dado que restaurando, después de un desastre, la vulnerabilidad social, económica y política se reproducen también las condiciones para un nuevo, y en muchos casos mayor, desastre.

Cada día se reconoce más entre quienes ayudan en los desastres que la planificación de la reconstrucción debiera empezar reconstruyendo muchas otras cosas distintas a carreteras, muros y tuberías. Tal vez se necesite generar seguridad y confianza entre los supervivientes. Lo cual viene dificultado, sino impedido, por la falta de responsabilidad de los grupos de ayuda ante los receptores por los servicios que ofrecen. Lo cual no es de extrañar: la responsabilidad rara vez es asumida libremente por los burócratas, quienes están acostumbrados a funcionar de una manera

distanciada y jerárquica durante las épocas "normales" y que contemplan el escenario de un desastre como un terreno de lucha por el poder y el control de mayores recursos presupuestarios. Además, muchos de los "actores" involucrados en el proceso de recuperación a largo plazo tienden a ser seres transitorios a corto plazo. Esos funcionarios por lo general hacen su trabajo, a veces bajo presión, pero no obstante con incomparable confianza y luego con la mayor celeridad se alejan de la escena hacia otro desastre o tarea administrativa o comisión. El resultado de ese aislamiento o falta de responsabilidad pública fácilmente puede constituir otro desastre añadido.

### **Un poder irresponsable e impotente**

La búsqueda de seguridad, al margen del proceso de producción – histórica, social y política– de la vulnerabilidad de la población a los desastres, privilegia una acción basada en remedios técnicos o jurídicos – se toman “medidas” y se asignan “recursos” y se eluden, así, análisis de fondo–, en lugar de abordar la cuestión en su complejidad política<sup>54</sup>. Uno de los efectos no poco trascendentes del riesgo de desastre global es el cuestionamiento de la legitimidad de un poder (político, económico y tecnocientífico) que no sólo no evita sino que él mismo produce las condiciones inseguras que amenazan, en su conjunción sinérgica, las bases mismas de la Vida.

Los gobiernos se ven forzados a no intervenir apenas sobre las causas y a contrarrestar el ciclo de destrucción de forma fundamentalmente simbólica. Antes o después, como señala Beck, se planteará la pregunta por el valor de un sistema legal que regula y escruta cada detalle de los riesgos menores técnicamente manejables pero que legaliza los megapeligros en virtud de su autoridad, en la medida en que no pueden ser minimizados técnicamente, y carga a todos con ellos, incluyendo a quienes se oponen. ¿Cómo puede mantenerse una autoridad política democrática que debe contrarrestar la creciente conciencia de los peligros con enérgicas proclamas de seguridad, pero que en ese mismo proceso se pone constantemente a la defensiva y arriesga toda su

credibilidad con cada accidente o indicio de accidente?<sup>55</sup> Además, ese poder irresponsable e impotente descarga, sin pudor alguno, la responsabilidad en los individuos (véase, sino, las campañas de seguridad vial).

La ciencia se cierne ciegamente sobre el límite de las amenazas. Es preciso producir primero niños probeta, liberar criaturas artificiales genéticamente modificadas y construir reactores nucleares para poder estudiar sus propiedades y características de seguridad. Los ingenieros pueden pasar directamente a la aplicación, en tanto que los políticos, primero, deben aconsejar, convencer, votar y, luego, llevar a efecto las políticas venciendo la resistencia. Esto confiere a la tecnología la capacidad de desempeñar una política de hechos consumados que no sólo impone a los políticos y a la opinión pública la presión constante de reaccionar, sino que también los deja a merced del criterio de los ingenieros en cuanto a evaluar y evitar el desastre<sup>56</sup>.

Una sociedad que no es capaz de garantizar, a todos sus miembros, una mínima seguridad ante la violencia y la inanición merece, como dijo Maximilien Robespierre, ser cambiada. Ciertamente, la sociedad actual viene haciendo méritos suficientes como para seguir este camino ominoso: la conjunción entre un incesante crecimiento económico, un progreso científico y tecnológico desbocado y la extensión del sistema democrático de gobierno no sólo no ha permitido, en términos globales, cumplir esta condición ineludible, sino que no cesa de extender la pobreza, ahondar las diferencias sociales y producir e imponer nuevos y mayores riesgos que, a su vez, resultan cada vez menos controlables.

### **El desatino humano**

Al cierre de uno de los siglos más devastadores de la existencia humana, el fragmento del *Cuaderno de notas* de Leonardo da Vinci<sup>57</sup> que encabeza este texto ya no puede seguir siendo considerado como la profecía excéntrica de un genio. Con cinco siglos de anticipación, el sabio renacentista intentó, inútilmente, advertirnos del desatino al que nos abocaba la liberación de la más oscura de las fuerzas: la voluntad de

poder.

Fruto de la escisión egocéntrica, la voluntad de poder corre en el individuo el sentido de especie y la conciencia del Todo. En su lugar, como si de una sutil alteración genética se tratara, se extiende metastásicamente la ambición –inevitablemente desmedida– de ser, cada uno de nosotros, quién en realidad no es. Esta violencia primigenia, que enfrenta al individuo consigo mismo y, por extensión, a los demás y a lo demás, impregna las relaciones sociales y las convierte en un campo de batalla. Se asemeja así, la especie humana, a un hormiguero enloquecido en el que sus individuos hubieran perdido el lugar en el conjunto: es decir, una agitación caótica que ya no conduce a la realización global de la Vida sino a su destrucción.

*Olvidado* el sentido de especie y la conciencia del Todo, las acciones humanas no pueden sino crear confusión: como nuestros objetivos no son elevados –escribió Wittgenstein –, sino ilusorios, nuestros problemas no son difíciles sino absurdos. Aislados egoicamente, el deseo de acaparar más energía y recursos de los que necesitamos para vivir, nos lleva a una competencia extrema con los demás por alterar, someter, consumir o simplemente destruir las otras formas de vida. Paradójicamente, esta competencia avariciosa y destructiva, orientada a alcanzar una imaginaria seguridad individual, genera y extiende el miedo en la sociedad y nos obliga a vivir en condiciones crecientemente inseguras para la supervivencia humana. Lo cual nos aboca, irremediabilmente, a intentar la cuadratura del círculo: queremos seguir compitiendo, acaparando y destruyendo, pero seguros! Así, nuestra ansia de seguridad nos lleva a imponer innumerables fronteras (físicas o legales, pero también psicológicas) que, lejos de reducir una inseguridad implícita a nuestro obrar, abren nuevos y mayores frentes de conflicto y riesgo.

El desastre global, es decir la destrucción gradual de las bases que sustentan la vida humana en la Tierra, tiene un punto final –acerca del cual sólo caben especulaciones– pero también un inicio –que ya hemos dejado atrás– y, lo que verdaderamente debiera importarnos, un proceso –en el que nos hallamos actualmente inmersos. No se trata, pues, de un peligro

exterior –proveniente de *otro* planeta, de *otra* especie, de *otra* raza o de *otra* nación– del que debamos protegernos. El desastre global se nutre, como si de afluentes se tratara, de la infinidad de conflictos y riesgos que brollan, sucesivamente, de nuestras relaciones interpersonales, de la vida social, de las relaciones internacionales, así como de nuestra interacción con el resto de formas de vida. Y se manifiesta en el desbordamiento de violencias y desastres, sólo en apariencia locales, que tienden vertiginosamente a complementarse y a acrecentarse mutuamente en una espiral de destrucción que amenaza con concluir el inexplicable suicidio de la especie humana.

#### **EPÍLOGO**

*Una paz que sólo diera seguridad a algunos individuos, o que sólo aportara cierta estabilidad a algunos estados, sería (...) una 'pax imperata' o 'pax violenta'. Sería una 'falsa pax'.*

Raimon Panikkar

#### **PAZ IMPUESTA, SEGURIDAD ILUSORIA**

El lenguaje contemporáneo, tanto de los individuos como de las colectividades, está lleno de palabras que vienen cargadas con más significado del que aparentan. Es sabido que cuando hablamos no nos limitamos a describir hechos estrictamente objetivos y, por tanto, indiscutibles. Hablando, eventualmente, nos entendemos, pero también increpamos, persuadimos, seducimos o bien nos imponemos y, llegado el caso, juzgamos y condenamos (a muerte, cuando hace falta). Porque no es sólo la razón que se expresa en el lenguaje, sino también la emoción; y porque es tanta la parte que manifestemos conscientemente como la que brota desde lo más profundo del inconsciente individual y colectivo.

Todo ello se halla mezclado, y bien difícil de deslindar, en cuatro palabras –*paz, seguridad, miedo, libertad*– que, clavadas en el corazón mismo de la actual civilización laica, no pueden desprenderse, a pesar de todo, de su significación trascendente. De hecho, su presencia reiterada,

dominante incluso, en las formas diversas de expresar los deseos individuales y colectivos de los seres humanos en esta peculiar etapa de la evolución, vincula indisolublemente el propósito racional que rige el ámbito externo de nuestras vidas con un anhelo bastante más profundo y misterioso.

Son múltiples las utilidades específicas que pueden tener cada una de estas palabras utilizadas en uno u otro contexto –las relaciones internacionales, el orden interno de los Estados, las relaciones interpersonales o intergrupales, la vida interior de los individuos– y con una u otra intencionalidad –denunciar la injusticia, imponer un orden, pedir auxilio, reclamar libertad–; en su sentido último, sin embargo, todos y cada uno de estos usos remite a un núcleo común de significado que no se acomoda fácilmente a las reducciones disciplinarias del derecho, las ciencias políticas y sociales o la psicología.

Alejado de su raíz, el significado de estas palabras *fuertes* se seca; y perdemos así la posibilidad de comprender plenamente la realidad crucial, para el destino humano, que pugna por emerger a través de todas y cada una de ellas. De esta forma, la *paz* se nos queda en ausencia de guerra (cercana o que nos afecte directa e inmediatamente); la *seguridad* no alcanza más que a mi seguridad personal y a la de mis posesiones; el *miedo* natural justifica la neurosis colectiva; la *libertad* se reduce, como en un supermercado, a escoger entre las opciones preestablecidas.

Es indispensable, ante todo, que restituyamos el sentido olvidado de estas palabras esenciales. Hoy más que nunca. A esta tarea colectiva, que no exige sino que requiere la participación consciente de cada individuo, quieren contribuir estas cuatro proposiciones: La *paz* no es un ‘status quo’ a defender, sino una utopía imprescindible. La *seguridad* es el sucedáneo de la paz. El *miedo* provoca ansia de seguridad. La *libertad* nos da miedo. Un conjunto de proposiciones que invita a ser *re-citado* no sólo de arriba hacia abajo sino, complementariamente, también de abajo hacia arriba: La *libertad* nos da miedo. El *miedo* provoca ansia de seguridad. La *seguridad* es el sucedáneo de la paz. La *paz* no es un ‘status quo’ a defender, sino una utopía imprescindible.

**LA PAZ NO ES UN 'STATUS QUO' A DEFENDER, SINO UNA UTOPIA  
IMPRESINDIBLE**

*Nuestra paz es un espejismo.* Nos creemos en paz si la guerra aún no nos alcanza. Paz, en la civilización de los individuos aislados, es la guerra lejana en el espacio o en el tiempo pasado o por venir. *Nuestra paz es ciega.* Contemplamos las erupciones de los volcanes, tanto físicos como sociales, como sucesos locales e inexplicables, que nada tienen que ver con la necesidad imperiosa de liberar tensiones sistémicas de ámbito planetario. No hay más ciego que el que no quiere ver.

*La paz no se impone.* Ni nos la otorgan ni la conquistamos. Viene dada, la paz. Nada tiene que ver con la victoria: jamás ninguna victoria trajo la paz. La victoria trae la victoria y nada más. *La paz no es una tregua.* Más pronto que tarde los vencidos retomarán las hostilidades. *La paz no se conserva.* Si se inmoviliza se rompe, la paz. Porque no se trata, la paz, de un elemento estático sino de un proceso dinámico. *La paz no se defiende.* Se vive, se disfruta. Estamos en paz o bien luchamos por la paz. Repitémoslo: de la lucha puede obtenerse la victoria, pero no la paz.

*La paz es un problema.* En un mundo escindido, sólo existe espacio para el conflicto y la lucha, la victoria y la derrota. En un mundo de vencedores y vencidos, la paz no es posible. Buscar la paz desde la escisión supone una tensión añadida. *La paz es una utopía.* Nunca, los humanos, habíamos estado tan cerca de la autodestrucción de la especie y, por extensión, del planeta. Más que nunca, por tanto, la paz es una utopía imprescindible, una operación a vida o muerte.

**LA SEGURIDAD ES EL SUCEDÁNEO DE LA PAZ**

*Buscamos seguridad porque no estamos en paz.* ¿Cómo podríamos estarlo? Nuestra realidad es la guerra, la más global y devastadora que se hubiera podido imaginar. Es la guerra desigual entre quienes temen perderlo todo y quienes saben que no hay nada que perder. Está en juego el acceso a los recursos que garantizan la supervivencia, pero también lo está la dignidad humana o, más bien, la posibilidad de desplegar plenamente el potencial que cada existencia contiene. *Vencedores y vencidos.* Es, también, la guerra de la especie humana

contra el resto de las formas de vida y contra los elementos (el aire, el agua, la tierra) que nos sustentan. Escupimos, insensatos de nosotros, en la mano que nos da de comer. *Vencidos y vencidos.*

*Buscamos seguridad porque no creemos en la paz.* Y no es por falta de fe, como se acostumbra a decir. En la sociedad tecnocrática se cree, y mucho, en el progreso. El progreso nos traerá la paz. Si no ahora, más adelante, o algún día. Vete a saber. No hay más sordo que el que no quiere oír. El progreso, como la victoria, sólo trae progreso. Como un dios del Antiguo Testamento, el progreso es devastador, aterrador, desconcertantemente cruel. ¿Qué nos creíamos? Se trata del progreso del afán de lucro, de la codicia, de la satisfacción ilimitada de los deseos y de la exaltación del aislamiento exacerbado del individuo. El progreso no trae paz. En realidad, ya lo sabíamos. La mala noticia la hemos conocido hace poco: el progreso tampoco trae seguridad.

*Buscamos seguridad para ahorrarnos la paz.* La paz es exigente, insobornable, una piedra en nuestro calzado deportivo. Mala cosa, la paz, en el reino de la pusilanimidad. La paz quiere serenidad, reflexión, contemplación. No hay tiempo para la paz, en la cultura de la intranquilidad. La paz requiere una visión amplia y profunda de la realidad, capaz de fusionar el antes y el después en el ahora, de trascender toda división dicotómica, de reconocerse en los demás. ¿Quién quiere la paz en el dominio de la trivialidad?

#### **EL MIEDO PROVOCA ANSIA DE SEGURIDAD**

*El deseo, motor de la historia, es un tirano.* Liberado, temerariamente, de las riendas de la sabiduría perenne, el deseo es un caballo desbocado que nos precipita al vacío. En esta carrera suicida ya no sirve de nada el freno ancestral del miedo: no hay tiempo de ver-y-eludir, de un golpe, el peligro. El miedo (mecanismo instintivo de seguridad) ha derivado en sentimiento angustiante, tanto como inoperante, de inseguridad. Si el miedo nos hace prudentes, la inseguridad nos convierte en cobardes. No es el miedo, entonces, sino la inseguridad quién alimenta la peligrosa ansia de seguridad que enferma a nuestra época.

*La seguridad no es hija de la prudencia.* Probablemente, ni

parienta lejana. Sentimos ansia de seguridad en la medida que la prudencia deja de regir nuestros actos: liberamos fuerzas de efectos desconocidos; alteramos drásticamente el curso natural de la vida; agotamos recursos no renovables; envenenamos el agua, el aire y la tierra, tanto como la convivencia humana; eliminamos innumerables especies animales y vegetales; oprimimos, esclavizamos, torturamos y asesinamos seres humanos; e, incomprensiblemente, queremos poder hacerlo con una total seguridad, es decir impunidad. Alguien le ha llamado 'sociedad del riesgo' a esta paradoja amenazadora.

*La seguridad, sucedáneo de la paz, es ilusoria.* Porque está hecha, este tipo de seguridad, de fronteras –físicas y legales, conceptuales y psicológicas– que, lejos de la pretensión de garantizar ámbitos seguros para la existencia humana, no para de dibujar nuevos y mayores frentes de batalla. He aquí el despropósito: no sabemos avanzar –¿alguien sabe, por cierto, hacia dónde?– si no es cavando trincheras. Un progreso inquietante. Mi seguridad en detrimento de la seguridad de otros, es siempre paz impuesta y, en definitiva, seguridad ilusoria.

#### **LA LIBERTAD NOS DA MIEDO**

*Contra ponemos libertad y seguridad.* Queremos ser libres pero nos dan miedo las consecuencias. Creamos, así, poderes aterrorizantes que, lejos de generar seguridad, no paran de extender la injusticia y el conflicto, es decir la inseguridad, y que nos hacen cada vez más vulnerables a los peligros y las amenazas de los que pretendíamos alejarnos. *Queremos equiparar seguridad y libertad.* Nadar y guardar la ropa: la panacea democrática. Pretendemos que los poderes encargados de imponer la paz que nos conviene lo hagan sin extralimitarse, es decir sin invadir mi espacio de libertad.

*Mi libertad, mi seguridad.* Ésta es la paz ciega que es incapaz de reconocer la condición indispensable de toda paz auténtica: la libertad y la seguridad de los demás. Los israelíes no tendrán libertad ni seguridad en tanto deban ser los carceleros de los palestinos. Pero tampoco la tendré Yo, ni Nosotros, en el seno de un orden que no garantice efectivamente la libertad y la seguridad de Todos. La paz impuesta no es, en definitiva,

libertad ni seguridad para nadie.

*Ni la libertad ni la seguridad, como la paz auténtica, son posibles desde el miedo.* El miedo, alejado de su utilidad primaria, no genera sino ansia de seguridad. Y el ansia de seguridad forma parte del problema más que de la solución.

### Notas

1. TRÍAS, Eugenio: *Ciudad sobre ciudad*. Barcelona, Destino, 2001. ISBN 84-233-3342-6.
2. ECKHARDT, William en LEGER SIVARD, Ruth (ed.): *World Military Expenditures*, 1988 y 1989, citado en GLOVER, Jonathan: *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*. Madrid, Cátedra, 2001. ISBN 84-376-1925-4.
3. KEANE, John: *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, Alianza Editorial, 2000. ISBN 84-206-6766-8.
4. FISAS, Vicenç: *Cultura de paz y gestión de conflictos*. Barcelona, Icaria Editorial y Ed. UNESCO, 1998. ISBN 84-7426-357-3.
5. ROUSSEAU, Jean Jacques: *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (traducción de Mauro Armíño, Madrid, Alianza, 1996) citado en HIRSCHMAN, Albert O.: *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*. Barcelona, Península, 1999. ISBN 84-8307-178-9.
6. EINSTEIN, Albert: *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*, Editado por Ken Wilber. Barcelona, Kairós, 1987. ISBN 84-7245-172-0.
7. SCHRÖDINGER, Erwin en WILBER: *op. cit.*
8. *Más allá del bien y del mal*, sec. 265, citado en GLOVER: *op. cit.*
9. VINYAMATA, Eduard: *Conflictología. Teoría y práctica en Resolución de Conflictos*. Barcelona, Ariel, 2001, p. 21. ISBN 84-344-2889-X.
10. KRISHNAMURTI, Jiddu: *Más allá de la violencia*. Buenos Aires, Estaciones, 1999, p. 63.

11. RAMONEDA, Josep: *Después de la pasión política*. Madrid, Taurus, 1999, p. 229. ISBN 84-306-0372-7.
12. TORRENTE, Diego: *Desviación y delito*. Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 78. ISBN 84-206-8658-1.
13. RAMONEDA: *op. cit.*, p. 63.
14. GLOVER: *op. cit.*, p. 20.
15. HORWITZ, Gordon J.: *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen*. Londres, 1991, p. 60-61, citado en GLOVER: *op.cit.*, p. 517.
16. GIDDENS, Anthony: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus, 2000, p. 37. ISBN 84-306-0385-9.
17. JOKSCH, Hans y otros: *¿Selfish Safety or Redistributed Risk?* Lave, 1987, citado en LÓPEZ CEREZO, J.A.; UJÁN, J.L.: *Ciencia y política del riesgo*. Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 81. ISBN 84-206-6745-5.
18. TORRENTE: *op cit.*
19. CEREZO; LUJÁN: *op. cit.*
20. Citado en GEORGE, Susan: *Informe Lugano*. Barcelona, Icaria Editorial, 2001, p. 38. ISBN 84-7426-483-9.
21. WILBER, Ken: *La conciencia sin fronteras*. Barcelona, Kairós, 1999, p. 37. ISBN 84-7245-278-6.
22. ESTEVAN, Antonio: "Los accidentes de automóvil: una matanza calculada", *Revista Sistema*, n. 162/163, Junio 2001 y disponible en <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n19/aaest2.html>
23. PEDRAGOSA, Josep Lluís; ARAGALL, Josep Maria: "Com ens movem" en INSTITUT D'ESTUDIS DE LA SEURETAT: *Observatori del Risc de Catalunya. Informe 2001*. Barcelona, Beta Editorial, septiembre 2001, p. 50. ISBN 84-7091-404-9.
24. ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD. *Informe de 1999 [WHO, 1999]*, citado en ESTEVAN: *op. cit.*
25. Estudio realizado, en 1998, por la Universidad de Harvard, por encargo del Banco Mundial y la OMS, citado en ESTEVAN: *op. cit.*
26. Mir formula así la ley del debordamiento del riesgo: en la fase actual de desarrollo de la sociedad industrial, la tasa de crecimiento natural del riesgo es superior a la tasa de crecimiento de la renta.

27. MIR, Narcís: *Societat, Estat i Risc*. Barcelona, Beta Editorial, diciembre 1999, p. 17 (la cursiva es mía). ISBN 84-7091-392-1.
28. ESTEVAN: *op. cit.*
29. BAUMAN, Zygmunt: "Los usos de la pobreza", *La sociedad individualizada*. Madrid, Cátedra, 2001, p. 133-141. ISBN 84-376-1936-X.
30. ESTEVAN: *op. cit.*
31. CASTELLS, Manuel: *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen III: Fin de milenio*. Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 191.
32. REINARES, Fernando: *Terrorismo y antiterrorismo*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1998, p. 156-166. ISBN 84-323-1075-1.
33. RESTA, Eligio: "La enemistad, la humanidad, las guerras" en EINSTEIN, Albert; FREUD, Sigmund: *¿Por qué la guerra?* Barcelona Editorial Minúscula, 2001. ISBN 84-95587-03-3.
34. JUERGENSMEYER, Mark: *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2001, p. 271. ISBN 84-323-1075-1.
35. AZURMENDI, Joxe: *La violencia y la búsqueda de nuevos valores*. Hondarribia: Argitaletxe Hiru, 2001. ISBN 84-95786-01-X.
36. *Ibid.*, p. 28.
37. REINARES: *op. cit.*, p. 75.
38. HOFFMAN, Bruce: *A mano armada. Historia del terrorismo*. Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 275. ISBN 84-239-7783-8.
39. AZURMENDI: *op. cit.*
40. JÜNGER, Ernst: *La emboscadura*. Barcelona, Tusquets Editores, 1988, p. 67. ISBN 84-7223-850-4.
41. ESCOHOTADO, Antonio: *El espíritu de la comedia*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1991, p. 43. ISBN 84-339-1348-4.
42. *Ibid.*, p. 164-167.
43. REINARES: *op. cit.*, p. 193-212.
44. JUERGENSMEYER: *op. cit.*

45. HOFFMAN: *op. cit.*, p. 207.
46. *Ibid.*
47. JUERGENSMEYER: *op. cit.*
48. KALDOR, Mary: *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Barcelona, Tusquets Editores, 2001, p. 16-19. ISBN 84-8310-761-9.
49. *Ibid.*
50. BECK, Ulrich: *La sociedad del riesgo global*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2002. ISBN 84-323-1083-2.
51. ESTEVAN: *op. cit.*
52. BECK: *op. cit.*
53. DAVIS, I, y otros: *Vulnerabilidad: el entorno social, político y económico de los desastres*. La Red, 1996. ISBN 958-601-664-1. Disponible en: <http://www.desenredando.org/public/libros/1996/vesped/index.html>. [Consulta: julio 2002].
54. MICHAUD, Yves: *Changements dans la violence. Essai sur la bienveillance universelle et la peur*. Paris, Éditions Odile Jacob, 2002. ISBN 2-7381-1135-1.
55. BECK: *op. cit.*, p. 90-91.
56. *Ibid.*, p. 95.
57. Citado en: SERRA, Cristóbal: *Efigies*. Barcelona, Tusquets Editores, 2002. ISBN 84-8310-784-8.